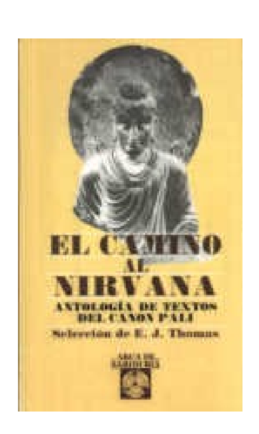
EL CAMINO AL NIRVANA



Antología de Textos del Canon Pali

E. J. THOMAS

Rosario – Argentina
Adherida a: Directorio Promineo: www.promineo.gq.nu
Libros de Luz: http://librosdeluz.tripod.com

ARCA DE SABIDURIA
Director de la colección:
SEBASTIAN VAZQUEZ
1997. Editorial EDAF, S. A., de la presente edición.
Depósito Legal: M. 27946-1997
ISBN.: 84-414-0237-X
PRINTED IN SPAIN IMPRESO EN ESPAÑA
Gráficas Cofás, S.A -Polig. Ind. Prado de Regordoño - Móstoles (Madrid)

El Canon pali está considerado como la mayor fuente de textos budistas conocida. Está integrado por tres extensas colecciones denominadas *Tipitaka* — "Las Tres Cestas" — y que son: el *Vinaya Pitaka* o Colección de la Disciplina, el *Sulla Pitaka* o Colección de los Sermones, y el *Abhidhamma Pitaka* o Colección Filosófica.
Estos textos son valorados como la más genuina v original enseñanza budista, tal y como fue impartida por el propio Buda.

El pali era la lengua del Buda, y en ella se redactaron las primitivas escrituras recogidas fielmente por sus discípulos. Su contenido va desde las reglas de conducta de los monjes y monjas contenidas en el *Vinaya,* los sermones morales y cuentos *Jataka* del *Sutta,* hasta los elaborados textos doctrinales del *Abhidhamma.* Esta excelente selección se debe a E. J. Thomas, uno de los más reputados expertos europeos en budismo, siendo esta antología ya clásica en su género desde su primera publicación en Londres en 1950. En suma, un libro idóneo que le acercará a la más pura fuente budista.

Traducción al español: ALMUDENA HAURIE.

Índice

Páginas



Prólogo a la edición en español

En cierta ocasión un buscador me dijo: «No hemos aprendido a amarlo lo suficiente.» Se refería al Buda, pero sus palabras podrían hacerse extensivas a Jesús, Lao Tse, Mahavir o cualquiera otro de los grandes maestros de la Humanidad. No, no hemos aprendido a amarlos lo suficiente, ni tampoco, por supuesto, hemos aprendido a poner en práctica sus claras y valiosas enseñanzas. La instrucción de los grandes maestros de la mente iluminada se ha convertido más en motivo de curiosidad intelectual que de inspiración y de práctica. Ha sido ignorada por muchos e intencionadamente ocultada o falseada por otros. La Enseñanza de los grandes maestros se ha visto demasiado a menudo relegada en un mundo en el que imperan el odio, el afán de poder, la corrupción, la violencia y la codicia. Pero, por fortuna, nada ni nadie podrá apagar la inextinguible llama de la Sabiduría. A pesar del horror que ha sido capaz de sembrar a lo largo de su historia el ser humano, la claridad y la pureza de la Enseñanza se perpetúan. Aun en las épocas más oscurecidas y violentas, la voz de los grandes maestros no ha podido ahogarse. Es como una hebra de luz en la nube macilenta; como un impoluto loto en la ciénaga maloliente. Hoy en día ha surgido el que tal vez es el peor y más engañoso de los materialismos: el materialismo espiritual, que insufla el afán de poder y codicia al amparo o pretexto de las verdades espirituales. Pero cualesquiera sean las intenciones o conducta de los representantes de una vía de autorrealización, eso no afecta a la Enseñanza, que siempre permanece inmaculada y capaz de conducirnos hacia la última realidad. Y cuando abrimos los oídos a las instrucciones de un Buda, un Lao Tse, un Mahavira o un Jesús, intuimos que en las mismas yace intemporal una verdad profunda e imperecedera que ni toda la necedad humana podrán apagar. Por fortuna, disponemos de enseñanzas espirituales que aspiran a una humanidad menos cruel y más auténtica y que facilitan las claves para poder mutar definitivamente los viejos modelos de comportamiento mental que tanto desatino han engendrado. Cuando leemos el Dhammapada, los Evangelios, el

Gita, el Tao Te King, o a grandes seres como Kabir y Ramana Maharshi, percibimos ese río de sabiduría perenne e iluminadora que es la Enseñanza (Dharma). A poco que hayamos desarrollado la percepción espiritual, sabemos con certeza que en esa Enseñanza reside un conocimiento que puede ayudarnos a purificar la mente y el corazón. Cuando penetramos la enseñanza del Buda —cualesquiera sean o no sean nuestras creencias— somos lúcidamente conscientes de que ésta es tan aplicable hoy en día como lo fuera hace dos mil quinientos años. La precisión, la diafanidad, la cordura y la ecuanimidad de las instrucciones del Buda son tan sorprendentes como admirables. Se muestra pragmática, sin concesiones, escueta y directa, y se propone como un medicamento para sanar el sufrimiento inútil que genera la mente humana con sus corrupciones de ofuscación, avidez y odio. Apelando siempre a la inteligencia humana, sin ideas preestablecidas ni dogmas, la enseñanza del Buda muestra la senda hacia la definitiva liberación de la mente. Esta senda se basa en la triple disciplina: genuina ética, cultivo mental (meditación) y desarrollo de la Sabiduría que libera.

Tras haber descubierto por él mismo y tras una laboriosa búsqueda interna, la Verdad del Sufrimiento, comprendió supraconscientemente el Origen del Sufrimiento, la Cesación del Sufrimiento y el Sendero que conduce a la cesación del Sufrimiento, es decir, al Nirvana. Impartió la Enseñanza porque «algunos hay que no tienen los ojos demasiado empañados. Éstos sí que podrán comprender la verdad.» Descubrió la condicionalidad de todo lo existente, pero ofreció utilísimas instrucciones para superar todas las trabas de la mente y alcanzar lo Incondicionado.

Una vez él mismo iluminado, proclamó la Enseñanza (el Dharma) a lo largo de toda su vida, y antes de morir declaró que la Enseñanza es el Maestro. Esta Enseñanza se recogió con fidelidad en los antiguos textos budistas, integrados en tres vastas colecciones denominadas Ti-pitaka (Tres Cestas), que representan el Canon Pali. Son el Vinaya Pitaka o Colección de la Disciplina, el Sutta Pitaka o Colección de los Sermones y el Abhidhamma Pitaka o Colección Filosófica. Las «Tres Cestas» son el canon original de las verdaderas enseñanzas budistas, tal y como fueron directamente impartidas por el Buda y antes de que fueran «mezcladas» con otras enseñanzas espirituales, metafísicas o filosóficas. El pali era la lengua del Buda y en la misma se redactaron las primeras escrituras budistas.

Antes de abandonar el cuerpo, Buda declaró:

«Que cada uno de vosotros sea su propia isla, cada uno su propio refugio, sin tratar de acogerse a ningún otro. Que cada uno de vosotros tenga la Enseñanza por refugio, sin tratar de acogerse a ningún otro. Monjes, todo esto que yo he comprendido por experiencia propia, que os he enseñado y que vosotros habéis aprendido, todo esto hay que practicarlo, hay que cultivarlo y ejercitarlo con asiduidad, para que esta misma vida de pureza se conserve y perdure por mucho y mucho tiempo, para bien y felicidad de muchos, por compasión del mundo, para el bien y la felicidad de todos los seres humanos y divinos.»

RAMIRO CALLE (RAHULA)

Introducción

Uno de los hechos más notables de la historia del budismo es que su trayectoria en la India ha sido casi desconocida en Occidente hasta los tiempos modernos. Gracias al celo misionero del emperador Asoka, el budismo surgió a la luz de la historia en el siglo III a. c. y continuó floreciendo en la India durante mil años. En ese tiempo surgieron escuelas y forjó sus armas lógicas para repeler los ataques de los filósofos hindúes y extender su enseñanza por ampliar áreas del Asia Central, China y Japón. Pero cuando Occidente empezó a preguntarse por el verdadero origen y la forma en que se expandió la religión apenas si encontró algo que no fuesen leyendas y cuentos de viajeros.

A finales del siglo XVIII unos cuantos estudiosos trataron de rastrear su origen partiendo de las fuentes chinas. Se recuperaron algunos documentos en tibetano y unos pocos trabajos en sánscrito, pero todo ello de escuelas muy tardías. No había nada que permitiera a los investigadores llegar al origen histórico de la religión y seguir su trayectoria durante 2.000 años.

Y entonces, a mediados del siglo XIX, se produjo el descubrimiento del budismo pali de Ceilán y fue posible examinarlo todo bajo una nueva luz. Existía un Canon completo de las escrituras que, con toda certeza, era más antiguo que cualquier otra cosa que se conociera con anterioridad. También había relatos en pali, la lengua sagrada, que describían los avatares de la primera comunidad y que se remontaban al tiempo de Asoka. Y lo mejor de todo era que, como se conocía la fecha en la que vivió Chandragupta, el abuelo de Asoka, los acontecimientos de la historia de la India dejaron de flotar en un mar de mitología intemporal y pudieron ser comparados con la

cronología de Occidente. Ahora sabemos que el Canon pali no es un hecho aislado. Durante siglos el budismo creció sobre todo en la India, y vemos que el Canon era esencialmente el mismo para todas las escuelas. Se había conservado en la memoria, y de ahí que apareciesen algunas discordancias, pero no había indicios de diferencias dogmáticas entre las escuelas. Una de dichas escuelas lo tradujo al sánscrito, y es el que se conserva en las versiones chinas y tibetana, pero se sigue descubriendo más y más del original en sánscrito. El resultado nos muestra un cuerpo común de enseñanza doctrinal en un marco legendario que se desplegó de formas diversas en los comentarios.

Es precisamente este marco legendario lo que ha hecho siempre atractivo al budismo. El joven príncipe, criado para ser un gran monarca, protegido cuidadosamente de cualquier conocimiento del lado oscuro de la existencia humana, su descubrimiento repentino de las realidades de la vejez, la enfermedad y la muerte, su renuncia a los placeres mundanos y el hallazgo de una vía de escape; todo esto es leyenda, pero es una leyenda que encierra la experiencia espiritual de una de las grandes personalidades del mundo: el Buda, el Iluminado, cuya enseñanza impregnó la India, y se extendió por vastas regiones de Asia.

Nadie pone en duda que el Buda fundase una Orden de monjes y predicase a todo tipo de gentes durante muchos años. También es cierto que aquellos discípulos recopilaron todo lo que recordaban de sus sermones. Todas las escuelas mantenían y siguen manteniendo, que el Maestro enseñó cuatro verdades: el dolor o sufrimiento, su origen, su cesación y el camino por el que se llega a la cesación. Esta cesación da como resultado que, a pesar de todas las disputas producidas por el surgimiento de problemas nuevos y a pesar de los cambios que eran de esperar a medida que la enseñanza se iba difundiendo entre gentes muy diversas, estas doctrinas —las cuatro Verdades, el Sendero y el Nirvana— hayan permanecido inalteradas.

El descubrimiento de las escrituras palis no ha resuelto todos los problemas, pero nos ha dado la base concreta desde la que se enseñó un sistema doctrinal considerado con certeza como la palabra del Buda. Por más que sea necesario seguir investigando, diríase que lo más importante es estar seguros primero de lo que los budistas sostienen realmente, y luego de lo que ellos creen que es la enseñanza del Maestro. Estas escrituras son el punto de partida. La única colección completa que existe ahora en un idioma indio la tenemos en el Canon pali y se conoce como el *Tipitaka,* «la Triple Cesta.»

LAS ESCRITURAS

1. *Vinaya-pitaka.* La cesta de Disciplina. Su base es una lista de 227 reglas para la Orden de monjes y monjas, graduadas según su importancia. Las cuatro primeras, cuya violación conlleva la expulsión de la Orden, son: 1) incontinencia, 2) latrocinio, 3) matar o inducir al suicidio, 4) jactarse falsamente de dotes sobrenaturales. Estas reglas también existen en una fórmula separada (el *Pâtimokkha),* y se recitan en las reuniones quincenales de la Orden.

A continuación vienen los *Khandhakas,* dos colecciones en las que se trata de las reglas de admisión en la Orden, las reglas diarias, el modo de tratar las transgresiones y un suplemento, el *Parivâra,* que recapitula lo anterior. Todo ello va acompañado de un comentario que explica la forma en la que se estableció cada regla y que contiene mucha materia legendaria. A medida que el cuerpo del comentario fue creciendo, adoptó formas diversas según las distintas escuelas y la incorporación de leyendas adicionales. El conjunto de todo ello es lo que hoy se considera las Escrituras.

2. *Sutta-pitaka.* La cesta de los sermones o *Dhamma,* la doctrina, con cinco divisiones *(nikâyas):*

(I) *Dîgha-nikâya,* colección de sermones largos.
(II) *Majjhima-nikâya,* colección de sermones de extensión media.
(III) *Sanyutta-nikâya,* colección de sermones agrupados.
(IV) *Anguttara-nikâya,* En esta colección hay once grupos, en el primero hay un solo sujeto en cada sermón, en el segundo hay dos sujetos, y así hasta once. Por ello, su nombre significa «adición de un miembro.»
(V) *Khuddaka-nikâya,* colección de sermones breves. Esta colección es una peculiaridad del pali, pero algunos de los temas que se incluyen en ella existen en otras escuelas como trabajos separados. En ella está contenida la antología de versos conocida como *Dhammapada,* «Palabras de la Doctrina», y otras colecciones de cuentos morales, siendo el *Jâtaka* —historias de los nacimientos previos del Buda— la más conocida.

3. *Abhidhamma-pitaka*. La cesta del *Dhamma* superior. Siete libros de estudio analítico de los principios y doctrinas especiales. En un sentido los principios son la palabra del Buda, pero las discusiones sobre ellos son tratados muy elaborados que debieron ser compilados en los lugares monásticos de instrucción. Otras escuelas tenían un *Abhidhamma* sobre materias similares, pero completamente distinto del pali.
Lo que encontramos en las Escrituras no es simplemente un número de doctrinas nuevas, sino el retrato de un pueblo con sus propias opiniones acerca de la vida cotidiana, sus creencias sobre los deberes sociales y religiosos, sus teorías sobre los dioses y el interrogante sobre una existencia futura. Todo esto constituye el telón de fondo común a toda la India. El budismo no era un sistema que quisiera reemplazarlo. Tanto los monjes como los laicos compartían las opiniones generales acerca de la naturaleza del mundo y del hombre en tanto en cuanto no entraban en conflicto con la doctrina. Dos de esas opiniones generalmente aceptadas eran la doctrina del karma y la creencia en el renacimiento o la reencarnación. Karma (acción) es la creencia de que todo acto querido con deliberación recibirá su recompensa o su castigo. Esta creencia es común a muchas religiones, pero adquiere un significado mucho más profundo cuando se combina con la doctrina del renacimiento. La recompensa por las acciones no siempre resulta evidente, pero la idea se hace más coherente cuando se combina con la creencia en una existencia anterior y la perspectiva de otra vida en la que madure el fruto de las acciones pasadas. El budismo aceptaba esta opinión y la enfatizaba.

De nadie se destruye el acto, llega, su amo está abocado a encontrarlo.
En el próximo mundo el loco pecador sufre en su propio ser el dolor.

Las buenas acciones pueden llevar al cielo, pero incluso esa dicha dura sólo hasta que se agota el mérito acumulado y entonces vuelve a girar la rueda del nacimiento. El Buda se enfrentaba al mismo problema que todo el mundo: ¿Hay alguna forma de escapar al renacimiento? Ya antes habían surgido maestros que proclamaron haber encontrado una vía, estaba la doctrina de los Upanishads, cuya meta era la unión con la realidad única. Los budistas no la mencionaron nunca, probablemente porque la desconocían, ya que era una doctrina secreta que se enseñaba tan sólo a los iniciados. Hemos oído contar de otros maestros que tenían sus propias teorías sobre el destino de los hombres y los medios para librarse, los más conocidos son los jainas, que aspiran a la aniquilación del karma. El Buda proclamó haber descubierto un camino original, una «doctrina nunca oída antes.»
Hay que decir, en primer lugar, que esta doctrina, al ser un camino o método empírico, no es un credo, sino una línea de entrenamiento mental. El gran propósito es desembarazarse de las tendencias nocivas del individuo que le impiden ver las cosas tal y como son. En este aspecto, el sistema se desmarcaba de las religiones que intentaban apaciguar a las deidades con sacrificios o de las que veían la salvación en la aniquilación del karma, y establecía un esquema de autoentrenamiento al alcance de cualquiera. Ver las cosas tal y como son significa verlas tal y como se enseñan conforme a las verdades del budismo, y en este aspecto el budismo sí implica un credo. Comienza con la convicción de la impermanencia y el cambio constante a los que se halla sometido todo lo que existe en el universo, incluyendo a los dioses, pero se combina con la creencia de que hay un estado permanente de paz que hay que lograr, una meta: el Nirvana. La mera convicción no es suficiente, las verdades han de ser conocidas, meditadas y comprendidas en toda su extensión y profundidad con absoluta convicción. Esto exige una línea de adiestramiento.
Los esquemas de adiestramiento que encontramos están expresados de maneras diversas, no cabe duda de que han pasado por una gran elaboración escolástica. Todos ellos estriban en el mismo sistema. Primero está el adiestramiento en la conducta moral, seguido de la práctica de la meditación, destinada a desarrollar las facultades latentes del individuo y desprenderse de las trabas, los vicios innatos y las opiniones erróneas que obstaculizan la visión cabal. El estado final es el conocimiento pleno: «Reflexiona sobre sí mismo como purificado de todas las cualidades malas y nocivas; reflexiona sobre sí mismo como liberado de ellas. Al reflexionar sobre sí mismo como liberado y purificado, surge la exultación; cuando exulta, surge la alegría; con su mente llena de alegría, su cuerpo se calma; cuando su cuerpo está calmado siente felicidad, y, al ser feliz, su mente se concentra» (*Majjhima, I, 2 y 3).* Se ha convertido en *arahat*.
La misma triple división está implícita en el Noble Sendero Óctuple, la moralidad la constituyen la palabra recta, la acción recta y el sustentamiento recto; el entrenamiento mental lo forman el esfuerzo recto, la atención recta y la concentración recta. La culminación del conocimiento pleno se encuentra en el propósito recto y la opinión recta. Pero no debemos considerar la moralidad como un nivel meramente preparatorio, hay un sermón en el que se declara que es imposible alcanzar el estado de arahat a menos que se desechen diez cosas: concupiscencia, odio, ilusión, ira, malevolencia, hipocresía, rencor, celos, codicia y orgullo.

Las etapas del progreso en el Sendero, a medida que el discípulo se va soltando de las trabas, son cuatro:

Entrada en La Corriente. Quien ha entrado en la corriente desecha la creencia en una individualidad permanente, desecha la duda y la creencia en la eficacia de la mera moralidad y los ritos.

El que Vuelve Una Vez, cuando reduzca o se desprenda de trabas ulteriores sólo nacerá en este mundo una vez más.

El que No Vuelve. Ya no retornará a este mundo. Su próximo nacimiento será en el mundo sin forma, y en él pondrá fin al dolor.

El Arahat, el perfecto (lit. el respetable). Aquel que ha destruido las tres corrupciones fundamentales, llamadas *âsavas* —concupiscencia, deseo de devenir e ignorancia—, se libera con la obtención del conocimiento pleno.

El discípulo perfecto ha alcanzado un estado permanente de paz, algo absoluto como opuesto al proceso de cambio constante. Este estado es el Nirvana, que significa literalmente «apagamiento», «extinción.» ¿Extinción de qué? Extinción de la codicia *(tanhâ,* sed) que tiene tres raíces: concupiscencia, deseo de devenir e ignorancia. Algunos occidentales han interpretado el Nirvana como la extinción del individuo a su muerte, pero no sólo no hay ninguna evidencia de este significado ni en las Escrituras ni en ninguna de las interpretaciones dadas por los comentaristas, sino que se niega expresamente que haya aniquilación *(uccheda,* lit. corte) o destrucción de la persona liberada con la disolución del cuerpo, de forma que no pueda existir tras la muerte. El discípulo liberado puede declarar su estado de bendición, pero lo que es el estado no se describe nunca con términos positivos. Es un estado de permanencia como opuesto al proceso de cambio constante o devenir *(samsâra),* que es todo lo que nosotros experimentamos, y que sólo conoce aquel que lo ha logrado.
En su contacto con otros sistemas el budismo se vio forzado a afrontar ciertas cuestiones metafísicas y ontológicas, algunas de ellas —llamadas «Preguntas Irrelevantes» fueron desechadas por resultar inútiles para el discípulo en su resolución de liberarse (ver capítulo XIV). La pregunta sobre el yo recibe un tratamiento especial. No se niega el «yo» como experiencia actual, y este «yo» se analiza dividido en cinco grupos.
Lo que se niega en el «yo» permanente, el alma, el *âtman* en el sentido que los jainas y los hindúes dan a esta palabra, al sostener que tras el yo hay una entidad permanente e inmutable que transmigra (ver cap. XV).
Lo que hizo atractiva para los laicos la nueva doctrina fue la insistencia reiterada sobre la moralidad. Se nos presenta al Buda iniciando siempre sus sermones a la multitud con una plática sobre moralidad, sobre la locura de las pasiones y sobre la esperanza del cielo. No hablaba de la doctrina hasta que sus mentes estaban preparadas para ello.

Pero sus sermones morales iban más allá que la enseñanza antigua, eran un evangelio nuevo predicado por alguien inspirado por ideales éticos nuevos. La vieja creencia del *dharma* —la teoría de los deberes del hombre en todas sus relaciones con la vida cotidiana— había terminado concediendo un valor fundamental a los rituales. El Buda, al enfatizar que el carácter moral verdadero de la acción se halla en el motivo, puso de manifiesto lo insignificante o lo erróneo que es el mero ritual, e incluso predicó en contra de ello, por ejemplo, al denunciar los sacrificios de animales. Hay muchos ejemplos que ilustran la sabiduría del Buda al tratar con los distintos tipos de personalidades y fomentar sus impulsos más elevados como sucede en la historia del granjero que llegó tarde y cansado a escuchar al Buda porque había estado buscando a un buey que se le había extraviado. El Maestro lo esperó y ordenó que le diesen primero de comer. Este tipo de anécdotas aunque no sean propiamente históricas, muestran que los nuevos ideales habían penetrado en la conciencia moral de sus oyentes.

Es bien sabido que el budismo se fraccionó en diversas escuelas, una de esas ramas originó la gran innovación conocida como *Mahâyâna,* «El Gran Vehículo», tal y como existe hoy día en China y en Japón, que hizo que la doctrina de la impermanencia se convirtiese en la idea de que todo, excepto el Nirvana, está «vacío», que no tiene realidad, que nada de lo que se percibe en el mundo cambiante puede en absoluto ser llamado «real.» Pero su rasgo principal, del que toma su nombre, es que el discípulo no debe aspirar directamente a la liberación sino al «Gran Vehículo» *(mahâ-yâna)* de un bodhisatta, y, por último, convertirse en un Buda. Pero, incluso así, y aunque no siempre se reconozca, el fin sigue siendo el mismo, puesto que el propósito último de todos los

Bodhisatta y Budas es la obtención del Nirvana.

I. El sueño de la reina Mâyâ

Gotama, el futuro Buda, era hijo del rajá de la tribu de los Sakyas, en Kapilavatthu, en la frontera del Nepal. Los cómputos de Ceilán dan como fecha de su muerte, a los 80 años, el año 544 a. C. Los budistas de Ceilán empiezan el cómputo de su era en el 543 a. C. Los estudiosos occidentales, basándose en la fecha conocida de Asoka, la sitúan generalmente sesenta años después, en el 483 a. C.

Sin embargo, lo que vamos a contar a continuación no pertenece a la historia, sino a la leyenda en la que se basa la doctrina del Bodhisatta. Un Bodhisatta (un ser destinado a obtener la iluminación) es alguien que ha tomado el voto de convertirse en Buda en una existencia futura. Antes de su último nacimiento, mientras se halla aún en el cielo Tusita, elige nacer y obtener la iluminación, por lo que su nacimiento es completamente independiente de cualquier padre terrenal. Esta es una doctrina común a todas las escuelas.
Se proclamó a la sazón en la ciudad de Kapilavatthu el festival de verano, a mediados del mes de Âsâlha, y muchas personas celebraban el festival. La reina Mahâmâyâ comenzó la celebración del festival siete días antes de la luna llena, y lo hizo con el esplendor de guirnaldas y perfumes y sin tomar bebidas alcohólicas. El séptimo día se levantó muy temprano y, tras bañarse en agua perfumada, dar una generosa limosna de 40.000 monedas, engalanarse profusamente y comer alimentos selectos, tomó los votos del día de ayuno y entró en la alcoba real, ricamente adornada. Al tumbarse en el lecho real se quedó dormida y tuvo este sueño: Los cuatro Grandes Reyes (los cuatro guardianes del mundo, dioses de las cuatro partes del mundo), levantándola junto con la cama, la llevaron a la Meseta Manosilâ, de sesenta leguas de extensión, y colocándola bajo un gran árbol sala de siete leguas de altura, permanecieron a un lado.
Entonces se acercaron las reinas y llevaron a la reina al lago Anotattâ, la bañaron para eliminar la mancha humana, la vistieron con ropajes divinos, la ungieron con perfumes y la engalanaron con flores divinas. No lejos de allí está la Montaña de Plata y en su cima un Palacio de Oro. Allí prepararon y vistieron un lecho divino con la cabecera dirigida al este. Entonces el Bodhisatta se convirtió en un elefante blanco. No lejos de allí está la Montaña de Oro, y el Bodhisatta fue a su cima, descendió desde ella, ascendió a la Montaña de Plata, llegando desde el norte, y en su trompa, como una cadena de plata, llevaba un loto blanco. Trompeteó, entró en el palacio dorado, rodeó por la derecha tres veces el lecho de su madre, golpeó su costado derecho y pareció entrar en su vientre. Así fue como recibió una nueva existencia al final del festival que se celebra a mitad del verano.
Al despertarse la reina al día siguiente le contó su sueño al rey. El rey convocó a sesenta y cuatro brahmines famosos, hizo cubrir la tierra con flores de lâja, de las que se usan en las fiestas, preparó asientos magníficos, llenó los cuencos de oro y plata de los brahmines allí sentados con un plato hecho de ghee, miel, azúcar y arroz de la mejor calidad, y se los dio cubiertos con tapaderas de oro y plata. También los agasajó con otros regalos tales como ropas nuevas y vacas leonadas. Cuando todos ellos se habían deleitado con aquellos placeres, les relató el sueño. «¿Qué sucederá?», les preguntó. Los brahmines dijeron: «Rey, no te angusties. La reina ha concebido y tendrá un varón, no una hembra. Tendrás un hijo, y, si vive una vida de familia, será un monarca universal. Si abandona su casa y renuncia al mundo será un Buda, un dispersor de la ilusión en el mundo.»

(*Jâtaka,* Introducción, I, 50 ss.)

II. El nacimiento de Gotama

Gotama es el nombre del clan *(gotra)* al que pertenecía el Buda, una especie de apellido. Pertenecía a la casta guerrera, pero Gotama es un nombre brahmin, posiblemente el *gotra* del brahmin que realizó los ritos religiosos. Su nombre era Sidhattha o Siddhârta, «el que ha logrado su propósito.» Los budistas lo llaman «el Bodhisatta» hasta el momento de su iluminación, y luego se refieren a él como «el Bhagavâ», Señor. Él se refería a sí mismo como «el Tathâgata», literalmente «el que ha ido», y se cree que hacía referencia a que había recorrido el camino de los Budas anteriores. Pero las Escrituras no realzan nunca este significado, y lo utilizan sobre todo para referirse a los poderes del Señor. La traducción de lord Chalmer, «el que ha obtenido la verdad», se aproxima más al sentido con el que se utilizaba.

La reina Mahâmâyâ, llevando al Bodhisatta como aceite en un vaso durante diez meses (lunares), deseó, cuando se acercó el momento ir a casa de su familia y se dirigió así al rey Suddhodana:

«Majestad, deseo ir a Devadaha, la ciudad de mi gente. » «Bien», respondió el rey, e hizo que allanasen el camino que iba de Kapilavatthu a Devadaha, que lo adornasen con macetas de llantén, banderas y estandartes; acomodó a la reina en un palanquín de oro llevado por mil cortesanos y la puso en camino con una gran comitiva. Entre las dos ciudades, perteneciente a los habitantes de ambas, hay un bosquecillo ameno de árboles sâla, conocido como el Parque de Lumbini. Todo el bosque, desde la raíz hasta la punta de las ramas, estaba en aquel momento en flor, y entre sus ramas y flores había innumerables abejas de los cinco colores y bandadas de aves diversas que cantaban dulcemente. El Parque de Lumbini se asemejaba al Cittalatâ, el parque celestial, o a un pabellón de banquetes engalanado para un rey poderoso.
Cuando la reina lo vio, surgió en su corazón el deseo de solazarse en él. Los cortesanos alzaron a la reina y entraron en la arboleda. Fue a los pies de un árbol magnifico y deseó tocar una rama. La rama del sâla se inclinó como la punta de un flexible junco y se puso al alcance de la mano de la reina. Ella alargó la mano y tomó la rama. En ese momento se estremeció con los dolores del parto. La multitud tendió una cortina alrededor de ella y se retiró. Sujetándose de la rama y poniéndose en pie, dio a luz. Y en aquel mismo instante los Cuatro Mahâbrahmâs (habitantes del cielo de Brahmâ) de mente pura llegaron con una red de oro, recibieron al Bodhisatta en la red de oro y lo pusieron ante su madre, diciendo: «Regocíjate, ¡oh reina! Os ha nacido un rey poderoso.» Y a diferencia de otros seres que nacen con máculas e impurezas desagradables, no fue así el nacimiento del Bodhisatta. El Bodhisatta, como un predicador de la doctrina descendiendo del sitial de la doctrina, como un hombre descendiendo las escaleras, erguido, estirados sus pies y sus manos, impoluto, inmaculado y libre de cualquier impureza de la estancia en el vientre hasta su nacimiento, como una joya sobre un lienzo de Benarés, así de brillante descendió de su madre. Dos chaparrones cayeron del cielo en honor del Bodhisatta y de la madre del Bodhisatta y celebraron la ceremonia habitual sobre los cuerpos del Bodhisatta y de su madre. Luego, de las manos de los Brahmâs, que lo habían sostenido y colocado sobre una red de oro, lo recibieron los Cuatro Grandes Reyes sobre un manto ceremonial de piel de antílope, suave al tacto, y de estas manos lo recibieron los seres humanos sobre un cojín de seda, y cuando fue soltado de las manos de los seres humanos se irguió sobre la tierra y miró hacia el cuadrante oriental. Los dioses y los hombres le rindieron culto con guirnaldas perfumadas y dijeron: «Gran Ser, no existe nadie como vos, y mucho menos superior en ninguna parte.» El, tras examinar los cuatro cuadrantes, los cuadrantes intermedios, el nadir y el cenit, los diez cuadrantes, no viendo a nadie como él, dijo: «Éste es el cuadrante supremo», y dio siete pasos. Mientras Mahâbrahmâ sostenía una sombrilla blanca sobre él, y Suyâma un flabelo (Abanico grande de mango largo que se usaba en ciertas ceremonias), y otras divinidades lo seguían portando en sus manos otros símbolos de la realeza, se detuvo en el séptimo paso y alzando su voz señorial: «Soy el principal en el mundo», lanzó su rugido de león.

(*Jâtaka,* Introducción, I, 52)

III. Las cuatro señales

Debido a la profecía que los brahmines hicieron a Suddhodana de que su hijo se convertiría en un rey universal o en un Buda, se dice que el rey le hizo construir tres palacios y que intentó mantenerle ocultos los males de la existencia humana. Las Escrituras relatan la misma historia en el Sermón Mahâpadâna de uno de los anteriores Budas Vipassin, ya que todos los Budas experimentan los mismos pasos esenciales en su progreso hacia la iluminación.
Un día que el Bodhisatta deseaba ir al parque llamó a su cochero y le dijo: «Unce el carro.» «Muy bien», replicó éste. Y enjaezando el mayor y mejor de los carros con toda clase de adornos, unció los cuatro caballos reales de raza Sindh, blancos como pétalos de loto, e informó al Bodhisatta. El Bodhisatta subió al carro, que era como un carruaje de dioses, y marchó al parque. Los dioses pensaron: «El tiempo de la iluminación del príncipe Siddhattha está cerca. Enviémosle una señal.» E hicieron que le apareciese el hijo de un dios, y se lo mostraron achacoso por la edad, desdentado, el cabello gris, encorvado, el cuerpo deforme, apoyado en un bastón y tembloroso. Pero sólo lo vieron el Bodhisatta y su cochero. Entonces el Bodhisatta interrogó al auriga con las mismas palabras que se recogen en el Sermón de Mahâpadâna: «Amigo, ¿quién es ese hombre que ni siquiera sus cabellos son como los de los demás?» Y, al oír la respuesta, dijo: «Aciago es el nacimiento, puesto que la vejez ha de caer sobre todo el que nace.» Y con el corazón acongojado se volvió en aquel mismo lugar y regresó al palacio. El rey preguntó: «¿Por qué ha vuelto mi hijo tan pronto?» Le contestaron: «Su Majestad, ha visto a un anciano y va a retirarse del mundo.» «¿Es que queréis matarme? Preparad inmediatamente algunos espectáculos para mi hijo; si obtiene felicidad, no pensará en abandonar el mundo», dijo el rey. E hizo preparar una guardia y la desplegó en todas direcciones en un radio de media legua.
Otro día, cuando el Bodhisatta repitió su visita al parque, vio a un hombre enfermo enviado por los dioses, y, preguntando como la vez anterior, se volvió y regresó al palacio con el corazón

acongojado. El rey también preguntó como la vez anterior, y de nuevo preparó una guardia y la desplegó en todas direcciones en un radio de tres cuartos de legua. De nuevo otro día, cuando el Bodhisatta iba al parque, vio un cadáver que habían puesto allí los dioses, y al preguntar como las veces anteriores se volvió de nuevo al palacio con el corazón acongojado. El rey también preguntó como había hecho las otras veces, y de nuevo preparó una guardia y la desplegó en todas direcciones en un radio de una legua. De nuevo otro día, cuando fue al parque igual que las veces anteriores, vio, puesto allí por los dioses, un hombre que había abandonado el mundo, vestido con cuidado y con un gran aspecto. «Amigo, ¿quién es ese hombre?», preguntó al cochero. Como aún no era el momento de la aparición de un Buda, el cochero no sabía nada acerca de las personas que abandonan el mundo ni de las ventajas del abandono del mundo, pero, inspirado por los dioses, contestó: «Alteza, es un hombre que ha abandonado el mundo.» Y le describió las ventajas del abandono del mundo. El Bodhisatta se deleitó con el pensamiento de abandonar el mundo y ese día dio un paseo por el parque.

Los narradores del *Dîgha* (colección de sermones largos) dicen que vio las cuatro señales el mismo día.

(*Jâtaka,* Introducción, i, 58 ss.)

IV. La gran renuncia

Gotama se casó con su prima Yasodharâ a los dieciséis años. A los veintinueve, el mismo día que había visto al hombre que había abandonado el mundo, cuando volvía a la ciudad, le anunciaron el nacimiento de su hijo (se dice que ambos, Râhula y ella, entraron en la Orden). Las crónicas palis describen a su mujer en términos muy atractivos. Cuando el Buda fue, tras su iluminación, a visitar su casa, salieron a verlo todas las mujeres excepto Yasodharâ, que dijo: «Si hay algo bueno en mí, mi Señor vendrá a mi presencia, y cuando venga lo reverenciaré.» El Buda acudió a su habitación con dos de sus discípulos y ella se acercó ligera, le asió los tobillos, se puso sus pies sobre la cabeza y le rindió la pleitesía que deseaba hacerle.»

En aquel tiempo, al oír que la madre de Râhula (El nombre es un diminutivo de Râhu, el demonio que se traga el sol o la luna cuando hay un eclipse. El nombre parece encerrar el significado de «impedimento») había parido un hijo, el rey Suddhodana envió un mensaje: «Anunciad la feliz nueva a mi hijo.» El Bodhisatta, cuando lo oyó, dijo: «Râhula ha nacido, una traba ha nacido.» El rey preguntó: «¿Qué ha dicho mi hijo?» Y al oírlo, exclamó: «Así pues, que el nombre de mi nieto sea príncipe Râhula.» El Bodhisatta, montado en un carro espléndido, entró en la ciudad con gran pompa y gloria. En aquel tiempo, una joven llamada Kisâ Gotamî, de la casta guerrera, había subido a la terraza del palacio y embelesada por la belleza y gloria del Bodhisatta cuando recorrió en procesión la ciudad, y llena de gozo y deleite, hizo esta declaración solemne:

En verdad que dichosa (*Nibutta:* está conectado con dos verbos y puede significar tanto «feliz» como «extinguido», y el sustantivo *nibbâna, nirvâna* en sánscrito, puede significar «felicidad» o “extinción.» El Bodhisatta juega con ambos significados) es la madre, dichoso también es el padre, y dichosa en verdad es la esposa que tiene un marido como él.

El Buda lo oyó y pensó: «Bien ha hablado. Al ver una forma así el corazón de la madre se siente feliz, el corazón del padre se siente feliz. Ahora bien, ¿con lo que se extingue *(nibbuta)* es el corazón feliz *(nibbuta)?»*

Y con aversión en su mente hacia las pasiones, pensó: «Cuando el fuego de la lujuria se extingue, se es feliz; cuando el fuego del odio, de la ilusión, se extingue, se es feliz; cuando el orgullo, las opiniones erróneas y todas las pasiones y dolores se extinguen, se es feliz. Esta mujer me ha enseñado una lección buena porque yo estoy buscando la extinción *(nibbâna).* Hoy mismo debo rechazar y renunciar a la vida de familia, abandonar el mundo y buscar la extinción. Que ésta sea la tarifa por su enseñanza.» Y quitándose del cuello un collar de perlas que valía 100.000 monedas, se lo envió a Kisâ Gotami. Ella creyó que el príncipe se había enamorado de ella y le enviaba un regalo y se llenó de satisfacción. Pero el Bodhisatta volvió a su palacio con gran gloria y majestad y se acostó en el lecho real.

En aquel momento, un gran número de mujeres hermosas engalanadas con toda clase de ornamentos, expertas en baile, canto, etc., tomaron sus instrumentos musicales y lo rodearon entreteniéndolo con sus danzas, canciones y melodías. El Bodhisatta, sintiendo en su mente aversión hacia las pasiones, no halló ningún placer en el baile y la música y se quedó dormido un rato. Las mujeres pensaron: «Aquel en cuyo honor estamos bailando y cantando se ha dormido. ¿Por qué no hacer nosotras lo mismo?» Y, soltando sus instrumentos los dejaron en cualquier parte y se tumbaron. Ardían lámparas de aceite perfumado. El Bodhisatta, al despertarse, se sentó en el lecho con las piernas cruzadas y vio a las mujeres durmiendo, con sus instrumentos tirados en cualquier parte; algunas tenían los mocos colgando y los cuerpos húmedos de babas, algunas

rechinaban los dientes, algunas roncaban, algunas murmuraban entre dientes, algunas con la boca abierta, algunas con sus vestidos desordenados mostrando sus partes repulsivas. Al ver lo desdichado de su aspecto sintió una aversión aún mayor hacia los placeres. La sala, aunque estaba adornada y decorada como el palacio de Sakka, le pareció un cementerio lleno de cadáveres arrojados de cualquier modo, y las tres formas de existencia le parecieron una casa en llamas. Brotó su solemne declaración: «¡Cuán agobiante! ¡Cuán aflictivo!» Y su pensamiento tomó poderosamente al abandono del mundo.

Pensando: «Hoy debo hacer la Gran Renuncia», se levantó de la cama y fue hacia la puerta. «¿Quién está ahí?», preguntó. Channa, que había puesto la cabeza en el umbral, dijo: «Noble señor, soy yo, Channa.» «Deseo hacer la Gran Renuncia hoy. Ensíllame un caballo.» Channa contestó:

«Bien, Alteza.» Y cogiendo los arreos se fue al establo y, a la luz de los candiles perfumados, vio a Kanthaka, el rey de los caballos, que se hallaba en pie en un establo excelente bajo un toldo de jazmines. «Este es el que debo ensillar hoy», dijo, y ensilló a Kanthaka. El caballo, mientras estaba siendo ensillado, pensó: «Es un arnés muy estrecho. No es como el arnés que se usa los días que vamos a pasear al parque. Mi noble amo debe desear hacer hoy la Gran Renuncia.» Y con la mente contenta dio un gran relincho. El sonido se hubiese extendido por toda la ciudad, pero los dioses lo acallaron y no permitieron que lo oyese nadie.

Cuando el Bodhisatta hubo enviado a Channa pensó: «Iré ahora a ver a mi hijo», y levantándose del lugar en el que estaba sentado con las piernas cruzadas fue a la habitación de la madre de Râhula y abrió la puerta. En ese momento ardía en la habitación una lámpara de aceite perfumado. La madre de Râhula dormía en una cama cubierta con una masa de jazmines y otras flores, y tenía la mano sobre la cabeza de su hijo. El Bodhisatta puso su pie en el umbral y miró desde allí. «Si muevo la mano de la reina y tomo a mi hijo, la reina se despertará. Entonces habrá un obstáculo para mi partida. Volveré y le veré cuando me haya convertido en un Buda.» Y abandonó el palacio.

(Con Channa cabalgando detrás de él atravesó la ciudad, cuyas puertas fueron abiertas por seres divinos, y cabalgó hasta el río Anomâ. Cruzó el río, se cortó el cabello y envió a Channa de vuelta con el caballo.)

Pero el caballo Kanthaka, que había escuchado la voz del Bodhisatta cuando hablaba con Channa, pensó: «Ya nunca volveré a ver a mi amo.» Y cuando se perdió de vista fue incapaz de soportar la pena, se le partió el corazón y se murió y nació de nuevo en el cielo de los Treinta y Tres dioses como un hijo de los dioses llamado Kanthaka.

Al principio Channa tenía una sola pena, pero cuando murió Kanthaka fue desbordado por otra pena, y volvió a la ciudad sollozando y lamentándose.

(*Jâtaka,* Introducción, I. 60 ss.)

V. La iluminación

Después de su renuncia Gotama fue a Râjagaha, la capital de Magadha, donde se dice que estudió sin resultados con varios maestros. Luego practicó penitencias muy severas durante seis años junto a cinco discípulos, pero considerando que la mortificación era inútil la desechó, lo que hizo que sus discípulos le abandonaran. Fue a sentarse bajo un árbol, el árbol Bodhi, el árbol de la Iluminación, tomando el voto de no moverse hasta haber alcanzado la iluminación. Los comentarios y los trabajos posteriores nos cuentan la historia de las tentaciones de Mâra, el dios del mundo de los placeres sensoriales, que acudió para hacerlo desistir de su propósito. Se nos dice que meditó, alcanzó los cuatro estados de trance, obtuvo el recuerdo de sus nacimientos anteriores, el conocimiento del destino de los seres y la destrucción de los â*savas,* las corrupciones, que ya hemos dicho son el deseo sensual, el deseo de devenir y la ignorancia.

En las primeras crónicas sobre la Iluminación no se menciona la Cadena de la Causación, pero como se convirtió en la especificación estándar de la doctrina del cambio causal; los comentaristas sitúan, de forma natural, su descubrimiento bajo el árbol Bodhi. Es una exposición detallada de las verdades del origen del dolor y de su cesación. La fórmula ha sido objeto de investigación intensa, pero a nosotros nos basta con dar la interpretación budista usual. Los eslabones de la serie se explican como estadios del individuo, según pasa de nacimiento en nacimiento, e incluye tres existencias.

La primera es un nacimiento anterior: un individuo renace debido a la ignorancia y pasa, con los agregados de su existencia, a formar un nuevo individuo. Renace en forma de conciencia (conciencia de renacimiento) y se convierte en un individuo con mente y cuerpo (nombre y forma). Adquiere los seis sentidos que dan lugar al contacto (la actividad específica de cada uno), la sensación, el deseo y el apego o aferramiento a la existencia. Y con el deseo de devenir da el paso hacia un nuevo nacimiento, vejez y muerte, y la serie comienza de nuevo.

En el comentario más antiguo del Canon *(Dîgha, ii.* 63) la serie comienza con la conciencia del

nacimiento y pone en claro la dificultad principal que se plantea con respecto al nacimiento: «Si la conciencia no desciende al vientre materno, ¿se consolidarían la mente y el cuerpo en el vientre materno?» «No, Señor.»
Hay que dejar claro que la conciencia no se concibe como un elemento permanente que pase inmutable de un nacimiento a otro, sino que es únicamente una parte del complejo del individuo que, al estar en cambio constante junto con los otros elementos que lo constituyen, adopta esa forma especial en el momento del renacimiento.

LOS CUATRO TRANCES

Habiendo ingerido comida sólida y recuperado fuerzas, sin ningún deseo sensual ni ideas nocivas, obtuve y moré en el primer trance, que va acompañado de razonamiento e ideación, surge del aislamiento y está lleno de alegría y gozo. Al cesar el razonamiento y la ideación, obtuve y moré en el segundo trance de serenidad interior, con la mente fija en un punto, sin razonamiento ni ideación, que surge de la concentración y está lleno de alegría y gozo. Con ecuanimidad hacia la alegría y la aversión, moré atento y consciente y experimenté el placer corporal que los nobles describen como morar con ecuanimidad, atento y feliz, y obtuve y moré en el tercer trance. Al abandonar el placer y al abandonar el dolor, incluso antes de la desaparición de la exaltación y la depresión, obtuve y moré en el cuarto trance, que está exento de dolor y de placer y que es pureza de la ecuanimidad y la atención.

RECUERDO DE LAS EXISTENCIAS ANTERIORES

Con la mente concentrada, pura, limpia, sin mácula, libre de contaminaciones, comprensiva, diestra, firme e imperturbable, dirigí mi mente al conocimiento del recuerdo de las existencias anteriores. Recordé muchas existencias previas; un nacimiento, dos, tres, cuatro, cinco, diez, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta, cien, mil, cien mil nacimientos; muchos ciclos de disolución del universo, muchos ciclos de su evolución muchos ciclos de disoluciones y evoluciones. Tuve tal y cual nombre, pertenecí a tal clan, color, me gané la vida de tal manera, tuve tales sufrimientos, estos placeres y dolores, y mi vida acabó de tal o cual manera. Tras esa muerte volví a nacer en alguna otra parte, y en ese nacimiento tuve tal o cual nombre, pertenecí a tal clan, color, me gané la vida de tal manera, tuve tales sufrimientos, estos placeres y dolores, y mi vida acabó de tal o cual manera. Tras morir volví a nacer aquí o allí. Así recordé mis existencias anteriores, cada una con sus peculiaridades y detalles. Este fue el primer conocimiento que obtuve en la primera vigilia de la noche.

EL OJO DIVINO

Con la mente concentrada, pura, limpia, sin mácula, libre de contaminaciones, comprensiva, diestra, firme e imperturbable, dirigí mi mente a la desaparición y renacimiento de los seres. Con visión divina, pura, sobrehumana, vi a los seres desaparecer y renacer, en mundos elevados e ínfimos, con buen color y mal color, con existencias felices o desdichadas, según su karma. Aquellos seres que han llevado vidas perniciosas con sus actos, palabras y pensamientos, que han desacreditado a los nobles, que han sustentado ideas erróneas, que adquieren karma con sus ideas erróneas, renacen, cuando su cuerpo se disuelve tras la muerte, en un estado de desdicha y sufrimiento en un mundo infernal. Pero aquellos seres que han llevado vidas provechosas con sus actos, palabras y pensamientos, que no han desacreditado a los nobles, que sustentan ideas correctas, que adquieren karma con sus ideas correctas, renacen, cuando su cuerpo se disuelve tras la muerte, en un estado feliz en el mundo celestial. Este fue el segundo conocimiento que obtuve en la vigilia central de la noche.

DISOLUCIÓN DE LOS ASAVAS

Con la mente concentrada, pura, limpia, sin mácula, libre de contaminaciones, comprensiva, diestra, firme e imperturbable, dirigí mi mente al conocimiento de la destrucción de las corrupciones *(âsavas).*

Supe con claridad y exactitud: «Esto es dolor.»
Supe con claridad y exactitud: «Esto es la causa del dolor.»
Supe con claridad y exactitud: «Esta es la cesación del dolor.»
Supe con claridad y exactitud: «Este es el camino que conduce a la cesación del dolor.»

Supe con claridad y exactitud: «Estas son las corrupciones.»
Supe con claridad y exactitud: «Esta es la causa de las corrupciones.»
Supe con claridad y exactitud: «Esta es la cesación de las corrupciones.»
Supe con claridad y exactitud: «Este es el camino que conduce a la cesación de las corrupciones.»

Cuando así supe y así percibí, mi mente se liberó de la corrupción del deseo sensual, de la corrupción del deseo de devenir, de la corrupción de la ignorancia. En la liberación surgió el conocimiento de que estaba liberado. Supe con claridad y exactitud que se ha destruido el renacimiento, se ha vivido la vida religiosa, se ha hecho lo que había de hacerse, no queda nada por cumplir en esta existencia. Éste fue el tercer conocimiento que obtuve en la tercera vigilia de la noche.

(Majjhima, I. 247)

LA CADENA DE LA CAUSACIÓN

En aquel tiempo el Buda vivía en Uruvelâ, a las orillas del Neranjarâ, a los pies del árbol Bodhi, inmediatamente después de haber obtenido la completa iluminación. Entonces el Señor se sentó con las piernas cruzadas a los pies del árbol Bodhi durante siete días, experimentando la beatitud de la emancipación. El Señor meditó durante la primera vigilia de la noche en la cadena de la causación en orden directo e inverso: de la ignorancia surgen los agregados (los elementos que componen al individuo), de los agregados la conciencia, de la conciencia el nombre y la forma (la mente y el cuerpo), de la mente y el cuerpo los seis órganos de los sentidos (los cinco sentidos corporales y la mente o sentido interior), de los órganos de los sentidos surge el contacto, del contacto la sensación, de la sensación la codicia, de la codicia el apego a la existencia, del apego a la existencia surge el deseo de devenir, del deseo de devenir el renacimiento, del renacimiento la vejez y la muerte, la aflicción, el lamento, el dolor, la pena y la desesperación. Tal es el origen de toda la masa del sufrimiento.
Con la cesación completa e irreversible de la ignorancia cesan los agregados, con la cesación de los agregados cesa la conciencia, con la cesación de la conciencia cesan la mente y el cuerpo, con la cesación de la mente y del cuerpo cesan los seis sentidos, con la cesación de los seis sentidos cesa el contacto, con la cesación del contacto cesa la codicia, con la cesación de la codicia cesa el apego a la existencia, con la cesación del apego a la existencia cesa el deseo de devenir, con la cesación del deseo de devenir cesa el renacimiento, con la cesación del renacimiento cesan la vejez, la muerte, la aflicción, el lamento, el dolor, la pena y la desesperación. Esto es la cesación de toda la masa del dolor.

(Vinaya. Mahâv., I. I)

VI. La primera predicación

El Buda, después de pasar siete semanas en el árbol Bodhi decidió empezar a predicar y se fue a Benarés, donde sabía que se encontraban sus antiguos cinco discípulos. Se dice que fue aquí donde predicó su primer sermón, «El Sermón de la Puesta en Movimiento de la Rueda de la Doctrina», en el que se enseñan las cuatro Verdades y el Noble Sendero Óctuple.
Viajando por etapas el Señor llegó a Benarés, al parque de los ciervos de Isipatana, donde estaban los cinco monjes. Los cinco monjes vieron acercarse de lejos al Señor, y al verlo se pusieron de acuerdo: «Amigos, se acerca el asceta Gotama, que vive en la abundancia, que ha abandonado el esfuerzo y se ha entregado a una vida de abundancia. No debemos dirigirnos a él, ni levantarnos para saludarlo, ni tomar su escudilla ni su manto, pero debemos prepararle un asiento. Puede sentarse silo desea. » Pero a medida que se aproximaba el Señor, los cinco monjes, es decir que los cinco monjes no cumplieron su acuerdo, fueron a recibir al Señor, y uno tomó la escudilla y el manto del Señor, uno le acondicionó el asiento, uno le preparó agua para sus pies, un escabel y un paño. El Señor fue a sentarse en el sitio asignado, y una vez que se sentó se lavó los pies. Entonces ellos se dirigieron al Señor por su nombre llamándolo «amigo.» El Señor dijo a los cinco monjes:
«Monjes, no llaméis al Tathâgata por su nombre, ni le deis el título de «amigo.» Monjes, el Tathâgata es un arahat y ha obtenido la iluminación. Prestad oídos, monjes, he obtenido lo que es inmortal. Instruyo, enseño la doctrina. Si seguís lo que se enseña, vosotros mismos, en no mucho tiempo, alcanzaréis en esta vida con el conocimiento supremo aquello por lo que los jóvenes nobles abandonan a su debido tiempo su casa para llevar una vida sin hogar, es decir, el fin

supremo de la vida religiosa, y una vez que lo obtienen morarán en ello.» Acto seguido, los monjes dijeron al Señor: «Amigo Gotama, cuando te ejercitabas, cuando te esforzabas, cuando practicabas la austeridad no lograste la excelencia del más noble de los conocimientos ni de la visión cabal que sobrepasa los poderes humanos. ¿Cómo es posible que ahora que vives en la abundancia, que has abandonado el esfuerzo, que te has entregado a una vida de abundancia hayas obtenido la excelencia del más noble de los conocimientos que sobrepasa los poderes humanos?» (De nuevo les dice que es un arahat, y ellos reiteran su pregunta una segunda y una tercera vez.)

Acto seguido, el Señor dijo a los cinco monjes:

«Monjes, ¿os habéis percatado de que nunca antes os había hablado así?» «Nunca, Reverendo Señor.» «Monjes, el Tathâgata es un arahat, y ha obtenido la iluminación (se repite hasta... morarán en ello).» Así fue como el Señor pudo convencer a los cinco monjes. Escucharon de nuevo al Señor, prestaron oídos y concentraron sus mentes en el pensamiento de la visión cabal.

EL PRIMER SERMÓN

El Señor se dirigió así a los cinco monjes:

«Monjes, estos dos extremos no deben ser practicados por aquel que ha abandonado el mundo. ¿Cuáles son estos dos? Uno dedicado a la lujuria y a los placeres, y que es tosco, sensual, grosero, innoble e infructuoso, y el otro dedicado a la automortificación, y que es doloroso, innoble e infructuoso. Evitando estos dos, monjes, es como el Tathâgata ha obtenido la iluminación del Camino Medio, que produce visión cabal, produce conocimiento y conduce a la tranquilidad, al conocimiento supremo, a la lucidez, al Nirvana. Monjes, ¿cuál es el Camino Medio, por el que el Tathâgata ha obtenido la iluminación, que produce visión cabal, produce conocimiento y conduce a la tranquilidad, al conocimiento supremo, a la lucidez, al Nirvana? Es el Noble Sendero Óctuple, a saber: opinión recta, propósito recto, palabra recta, acción recta, sustentamiento recto, esfuerzo recto, atención recta, concentración recta. Monjes, éste ‘es el Camino Medio, por el que el Tathâgata ha obtenido la iluminación, que produce visión cabal, produce conocimiento y conduce a la tranquilidad, al conocimiento supremo, a la lucidez, al Nirvana.

Monjes: ésta es la Noble Verdad del dolor: el nacimiento es dolor, la vejez es dolor, la enfermedad es dolor, la muerte es dolor. Estar asociado a las cosas desagradables es dolor, la separación de las cosas agradables es dolor, la no-obtención de lo que se desea es dolor; en suma, los cinco agregados del apego a la existencia son dolor. Monjes, ésta es la Noble Verdad de la causa del dolor: la codicia, que conduce al renacimiento y que va acompañada por el placer y la pasión, que se solaza encontrando placer aquí y allá, es decir, la codicia por los placeres sensuales, la codicia por la existencia, la codicia por la no-existencia. Monjes, ésta es la Noble Verdad de la cesación del dolor: la completa e irreversible cesación de la codicia, su abandono, renuncia, dejación y aversión. Monjes, ésta es la Noble Verdad del camino que conduce a la cesación del dolor: El Noble Sendero Óctuple, a saber: opinión recta, propósito recto, palabra recta, acción recta, sustento recto, esfuerzo recto, atención recta, concentración recta.

«Ésta es la Noble Verdad del dolor.» Monjes, entre doctrinas no oídas nunca antes surgió en mí la lucidez, surgió la sabiduría, surgió el conocimiento, surgió la luz.

«Esta Noble Verdad del dolor ha de ser comprendida.» Así, monjes, entre doctrinas no oídas nunca antes surgió en mí la lucidez, surgió la sabiduría, surgió el conocimiento, surgió la luz.

«Ha sido comprendida.» Así, monjes, entre doctrinas no oídas nunca antes surgió en mí la lucidez, surgió la sabiduría, surgió el conocimiento, surgió la luz.

«Esta es la Noble Verdad de la causa del dolor.» (Se repite el mismo estribillo, especificando que la causa ha de ser abandonada y que la causa ha sido abandonada).

«Esta es la Noble Verdad de la cesación del dolor.» (Vuelve a repetirse lo mismo, especificando que la cesación debe ser llevada a cabo y que ha sido llevada a cabo).

«Ésta es la Noble Verdad del camino que conduce a la cesación del dolor.» (Ahora lo que se especifica es que el sendero ha de ser practicado y que ha sido practicado).

Monjes, cuando mi conocimiento claro y lúcido de estas cuatro Verdades Nobles con sus tres secciones y sus doce divisiones estuvo bien purificado, entonces, monjes, reconocí que en el mundo con sus dioses. Miras. Brahmâs, con sus ascetas, brahmines, dioses y hombres, yo había obtenido la más elevada y completa iluminación. En mí surgió el conocimiento de que la liberación de mi mente es inquebrantable. Ésta es mi última existencia, ya no hay más renacimiento.

Así habló el Señor, y los cinco monjes con sus mentes llenas de júbilo, expresaron su aprobación a las palabras del Señor.

(Vinaya, Mahâv., I, 6, 10)

VII. La ordenación de Yasa

Esta historia se cuenta en el Vinaya como ilustración de las reglas de admisión en la Orden. La fórmula de admisión de un laico es el Triple Refugio:

Me refugio en el Buda.
Me refugio en la Doctrina.
Me refugio en la Orden.

Yasa, habiéndose liberado del apego a las pasiones, estaba preparado para abandonar el mundo y recibir el *pabbajjâ,* «la ida del mundo.» A este primer paso le seguiría el *upasampadâ,* la ceremonia de la ordenación, si el candidato había cumplido los veinte años. La admisión formal a la Orden fue encomendada posteriormente a un comité de monjes, y hoy día sigue siendo la forma regular de admisión.

En aquel tiempo había en Benarés un joven llamado Yasa, hijo del maestro de un gremio y educado con todo esmero. Tenía tres palacios, uno para la estación fría, otro para la cálida y un tercero para la estación de las lluvias. Pasaba cuatro meses sin salir del palacio de la estación de las lluvias atendido por jóvenes expertas en las artes musicales. Sucedió que Yasa, ‘el joven noble, que estaba bien atendido, bien dotado y gozaba de los placeres de los cinco sentidos se durmió un día más temprano de lo habitual, y luego sus servidoras también se durmieron. Durante toda la noche ardió una lámpara de aceite. Yasa, el joven noble, se despertó antes de lo habitual y vio dormidas a sus servidoras: un laúd en los brazos de una, un tamboril en el cuello de otra, un timbal en los brazos de otra; un a con el cabello despeinado, una hablando sin ton ni son, algunas murmurando entre dientes. Lo que había ante sus ojos parecía un cementerio, y al contemplarlo se le hizo evidente lo lamentable de la visión, y su mente se inundó de desagrado: «¡Cuán agobiante! ¡Cuán aflictivo! » Entonces se calzó sus sandalias de oro y fue a la puerta de la casa. Seres sobrenaturales abrieron la puerta diciendo: «Que nadie ponga ningún obstáculo ante Yasa, el joven noble, en su ida de la casa para llevar una vida sin hogar.» Entonces fue a la puerta de la ciudad. Seres sobrehumanos abrieron la puerta diciendo: «Que nadie ponga ningún obstáculo ante Yasa, el joven noble, en su partida de casa para llevar una vida sin hogar.» Entonces Yasa se dirigió al parque de los Ciervos de Isipatana.

El Señor se había levantado de noche, cuando comenzaba a amanecer, y caminaba al aire libre. El Señor vio venir a lo lejos a Yasa, el joven noble, y al verle descendió del lugar por el que estaba caminando y se sentó en el asiento que tenía preparado. Yasa, el joven noble, acercándose al señor, dijo solemnemente: «¡Cuán agobiante! ¡Cuán aflictivo!» Entonces el Señor dijo a Yasa, el joven noble:
«Yasa, esto no es agobiante, esto no es aflictivo. Ven, Yasa, siéntate. Te enseñaré la doctrina.» Yasa, el joven noble, al oír las palabras «esto no es agobiante, esto no es aflictivo», se sintió complacido y contento, y quitándose sus sandalias de oro se acercó al Señor y, tras saludarlo se sentó a un lado. Cuando Yasa, el joven noble, se hubo sentado, el Señor le explicó la doctrina del modo habitual; le predicó un sermón sobre la limosna, la moralidad, el cielo, sobre lo desventurado, desdeñable e impuro de los placeres sensuales y sobre las ventajas de la renuncia. Cuando el Señor percibió que la mente de Yasa, el joven noble, estaba presta, dúctil, libre de obstáculos, elevada y bien dispuesta, predicó la más excelsa doctrina de los Budas: el dolor, la causa, la cesación y el Sendero. Y al igual que una tela a la que se le han quitado todas las manchas y está limpia coge bien el tinte, en Yasa, que estaba sentado, apareció el ojo puro y sin manchas de la doctrina: todo lo que está sujeto a la ley del origen, también está sujeto a la ley de la cesación.

La madre de Yasa, el joven noble, había subido a lo más alto del palacio y, al no verlo allí, fue al maestro del gremio, el cabeza de familia, y, acercándose a él, dijo: «Dueño de la casa, tu hijo Yasa ha desaparecido.» El maestro de gremio envió mensajeros a caballo en las cuatro direcciones, y él mismo se dirigió al parque de los ciervos de Isipatana. El maestro de gremio vio las huellas de las pisadas de las sandalias de oro, y fue siguiendo su rastro. El Señor vio acercarse de lejos al maestro de gremio, y pensó: «Usaré mis poderes psíquicos para que cuando el maestro de gremio se siente aquí no vea sentado en este lugar a Yasa, el joven noble.» Así pues, el Señor usó sus poderes psíquicos. El maestro de gremio se acercó al Señor y dijo:
«Quizá el reverendo Señor haya visto a Yasa, el joven noble.» «Padre de familia, siéntate. Quizá si

te sientas aquí puedas ver a Yasa, el joven noble, aquí sentado.» El maestro de gremio, pensando: «Si me siento aquí, seguro que podré ver a Yasa, el joven noble», saludó complacido y contento al Señor y se sentó a un lado.

Cuando se hubo sentado el Señor le explicó la doctrina del modo habitual, le predicó un sermón sobre la limosna, la moralidad, el cielo; sobre lo desventurado, desdeñable e impuro de los placeres sensuales y sobre las ventajas de la renuncia. Entonces el maestro de gremio, habiendo visto, alcanzado, conocido y penetrado la doctrina, despejadas sus dudas e incertidumbres, confiando en sí mismo y sin depender de nadie para la enseñanza del Maestro, dijo al Señor: «¡Es maravilloso, oh reverendo! ¡Es admirable, oh reverendo! Como si se hubiera puesto boca arriba lo que estaba boca abajo, o se hubiese descubierto lo que estaba escondido, o se le mostrase el camino a quien está extraviado, o se hubiese encendido una lámpara en la oscuridad —los que tienen ojos ven las cosas visibles—, el Señor me ha predicado la doctrina de distintas maneras. Reverendo, vengo al Señor, a la doctrina y a la Orden. Que el Señor me tome como discípulo laico desde este día y hasta el fin de mis días, porque he venido a refugiarme en El.» Fue el primer laico en el mundo en ser recibido con la triple fórmula.

Yasa, el joven noble, mientras la doctrina le era enseñada a su padre, contemplaba el estado de conocimiento que había visto y comprendido, y su mente se liberó totalmente de las corrupciones *(âsavas).* El Señor pensó que al estar su mente totalmente liberada de las corrupciones, era imposible que volviera a un estado inferior y gozara de los placeres tal y como había hecho mientras vivía en el seno de la familia. «¿Por qué no dejar de ejercer mis poderes psíquicos?» Así lo hizo el señor, y el maestro de gremio pudo ver a Yasa allí sentado, y, nada más verlo, dijo: «Querido Yasa, tu madre está embargada por la tristeza y la aflicción. Devuélvele la vida a tu madre.» Yasa miró al Señor, y el Señor dijo al maestro de gremio: «¿Qué opinas, maestro de gremio? Yasa ha visto la doctrina, igual que lo has hecho tú, cuando su conocimiento y su visión cabal eran imperfectos. Ahora ha contemplado el estado de conocimiento que ha visto y comprendido y su mente está totalmente liberada de las corrupciones. Padre de familia, ¿crees que Yasa puede volver ahora a un estado inferior y disfrutar de los placeres tal y como lo hacia mientras vivía en el seno de la familia?» «No, reverendo Señor.» «Padre de familia: Yasa, el joven noble, ha visto la doctrina, igual que lo has hecho tú, cuando su conocimiento y su visión cabal eran imperfectos, pero contemplando el estado de conocimiento que ha visto y comprendido, su mente se ha liberado totalmente de las corrupciones. Es imposible para Yasa, el joven noble, volver a un estado inferior y disfrutar de los placeres tal y como lo hacía mientras vivía en el seno de una familia.» «Reverendo Señor, es una gran ganancia para Yasa, el joven noble, es de gran provecho para Yasa, el joven noble, que la mente de Yasa, el joven noble, se haya liberado totalmente de las corrupciones. Que el reverendo Señor me acepte su comida de hoy junto con Yasa, el joven noble, que ahora es su joven discípulo.» El Señor aceptó con su silencio. El maestro de gremio comprendiendo que el Señor aceptaba, se levantó de su asiento, saludó al Señor, lo rodeó por la derecha y partió. Entonces Yasa, el joven noble, tan pronto como el maestro de gremio, el padre de familia, hubo partido, le dijo al Señor: «¿Puedo, ¡oh reverendo!, recibir del Señor la ordenación de la partida de casa *(pabbajjâ)?* ¿Puedo recibir la admisión en la orden? *(upasampadâ).*» «Ven, monje —dijo el Señor— bien enseñada está la doctrina. Practica la vida religiosa para obtener la extinción total del sufrimiento. » Esta fue la ordenación de aquel venerable. En aquel tiempo había siete arahats en el mundo.

(Vinaya, Mahâv., I. 7)

VIII. Las reglas del novicio y las reglas del día de ayuno de los laicos

Se dice que fue Sâriputta, al admitir a dos novicios, quien estableció las diez reglas. Las cinco primeras también son de cumplimiento para los laicos; la tercera regla significa celibato para los monjes. El laico mantiene ocho reglas el día de ayuno, las nueve primeras de la lista, pero haciendo una sola con la séptima y la octava.

LAS REGLAS DEL NOVICIO

Monjes: Impongo diez reglas que deben aprender los novicios, y en las que deben adiestrarse:

1) Abstenerse de quitar la vida.
2) Abstenerse de tomar lo que no ha sido dado.
3) Abstenerse de incontinencia.
4) Abstenerse de falsedad.

5) Abstenerse de bebidas fuertes, intoxicantes y licores, que son motivo de descuido.
6) Abstenerse de comer a deshora (es decir, después del mediodía).
7) Abstenerse de bailes, cantos, música y espectáculos.
8) Abstenerse del uso de guirnaldas, perfumes y ungüentos, que son objetos de adorno.
9) Abstenerse de dormir en camas altas o amplias.
10) Abstenerse de aceptar oro y plata.

(Vinaya, Mahâv., I. 56)

LAS REGLAS DEL DIA DE AYUNO DE LOS LAICOS

Un noble discípulo laico se hace esta reflexión:
Durante toda su vida los arahats evitan y desechan tomar ninguna vida. Repudiando el uso de un palo o un cuchillo viven con mansedumbre, llenos de amabilidad y compasión por el bienestar de todas las criaturas vivas. También yo, hoy, durante la noche y el día, evito y desecho tomar ninguna vida. Repudiando el uso de palo o cuchillo viviré con mansedumbre, lleno de amabilidad y compasión por el bienestar de todas las criaturas vivas. Haciendo esto emulo a los arahats y observaré el día de ayuno. Con esto se observa el día de ayuno.
Durante toda su vida los arahats evitan y desechan tomar lo que no les ha sido dado; aceptando y esperando lo que les den, viven con pureza y sin robar. También yo hoy, durante la noche y el día, evito y desecho tomar lo que no me sea dado; aceptando y esperando lo que me den vivo con pureza y sin robar...
Durante toda su vida los arahats desechan la incontinencia y practican la continencia, viviendo aparte y evitando la práctica villana del contacto sexual. También yo hoy, durante la noche y el día, desecho la incontinencia y practico la continencia, viviendo aparte y evitando la práctica villana del contacto sexual...
Durante toda su vida los arahats evitan y desechan la falsedad. Dicen siempre la verdad. Son veraces, fiables y dignos de confianza y no engañan a la gente. También yo hoy, durante la noche y el día, evito y desecho la falsedad, diciendo la verdad seré veraz, fiable y digno de confianza, no engañando a la gente...
Durante toda su vida los arahats evitan y desechan las ocasiones de descuido que producen las bebidas fuertes, intoxicantes y licores. También yo hoy, durante la noche y el día, evito y desecho las ocasiones de descuido que producen las bebidas fuertes, intoxicantes y licores...
Durante toda su vida los arahats comen sólo a la hora de la comida’, se abstienen de cenar y de comer a deshora. También yo hoy, durante la noche y el día, comeré sólo a la hora de la comida, absteniéndome de cenar y evitando comer a deshora... (Esto no significa comer una sola vez al día, sino hacerlo a las horas adecuadas, es decir, antes del mediodía).
Durante toda su vida los arahats se abstienen de toda ocasión de danzar, cantar, tocar música, asistir a espectáculos; se abstienen del uso de guirnaldas, perfumes y ungüentos que sean objeto de adorno. También yo hoy, durante la noche y el día, me abstengo de las ocasiones de danzar, cantar, tocar música, asistir a espectáculos, del uso de guirnaldas, perfumes y ungüentos que sean objetos de adorno...
Durante toda su vida los arahats evitan y desechan una cama alta o amplia y usan camas bajas, camastros o jergones de paja. También yo hoy, durante la noche y el día, evitando y desechando una cama alta o amplia, usaré una cama baja, o un camastro, o un jergón de paja. Haciendo esto emulo a los arahats, y observaré el día de ayuno. Con estas ocho cosas se observa el día de ayuno.

(Anguttara, IV. 248)

IX. La exhortación a Sona

A continuación tenemos un ejemplo de la materia legendaria que existe a veces en los sermones. Aunque no hay duda de que estos fragmentos pertenecen a una parte secundaria de la tradición, nos ofrecen una imagen muy sólida de los métodos del Buda para tratar con idiosincrasias individuales. Se cuenta una historia similar de un novicio que se sentía abrumado por la multitud de normas y decidió abandonar la Orden. El maestro le envió a buscar y le preguntó si se sentía capaz de cumplir tres reglas. El hombre asintió con ilusión, y el Buda le dijo que guardara las puertas del cuerpo, de la boca y de la mente, y no cometiera faltas con los actos, con las palabras ni con los pensamientos.
Así lo he oído: En una ocasión vivía el Señor en Râjagaha, en lo alto de la colina del Pico del Buitre, y por aquel entonces el venerable Sona vivía en Râjagaha, en el bosque de Sita. Cuando el venerable Sona se hallaba sumido en meditación surgió en su mente el siguiente pensamiento: «Los discípulos del Señor llevan una vida muy esforzada. Yo soy uno de ellos, pero mi mente no

está totalmente libre de corrupciones *(âsavas).* Gozo con el disfrute que me produce mi familia; es posible disfrutar de los placeres y aun así realizar acciones virtuosas. ¿Por qué no abandonar el adiestramiento y regresar a un estado inferior, realizando acciones virtuosas mientras gozo de los placeres? El Señor conoció el pensamiento que había surgido en la mente del venerable Sona, y al igual que un hombre fuerte puede doblar el brazo que tiene extendido o puede extender el brazo que tiene doblado, así desapareció de la colina del Pico del Buitre y apareció frente al venerable Sona que estaba en el bosque de Sita. El Señor se sentó en el asiento que tenía preparado, y el venerable Sona, tras saludar al Señor, se sentó a un lado.
Una vez se hubo sentado, el Señor le dijo:
«¿No es cierto, Sona, que cuando estabas sumido en la meditación surgió en tu mente el pensamiento "los discípulos del Señor llevan una vida muy esforzada. Yo soy uno de ellos, pero mi mente no está totalmente libre de corrupciones. Gozo con el disfrute que me proporciona mi familia; es posible disfrutar de los placeres y aun así realizar acciones virtuosas?"» «Así es, Señor.» «Sona, ¿crees que eras diestro tocando el laúd cuando vivías en el seno de una familia?» «Así es, Señor.» «Sona, cuando las cuerdas de tu laúd estaban demasiado flojas, ¿podías tañerlo o dar siquiera una nota?» «No, Señor.» «Sona, cuando las cuerdas de tu laúd estaban demasiado tensas, ¿podías tañerlo o dar siquiera una nota?» «No, Señor.» «Sona, cuando las cuerdas no estaban demasiado tensas ni demasiado flojas, sino que estaban bien afinadas, ¿podías tañer tu laúd o dar alguna nota?» «Así es, Señor.» «Así es, Sona, el esfuerzo exagerado conduce a la sobreexcitación, y la falta de esfuerzo conduce a la indolencia. Por tanto, Sona, afánate por equilibrar el esfuerzo y trata de nivelar las facultades, y de esa manera alcanzarás tu objetivo.» «Así sea, Señor», contestó el venerable Sona al Señor. Entonces el Señor, tras persuadir con esta exhortación al venerable Sona, al igual que un hombre fuerte dobla el brazo que tiene extendido o extiende el brazo que tiene doblado, desapareció del bosque de Sita y apareció sobre la colina del Pico del Buitre.
Así fue cómo el venerable Sona, equilibrando su esfuerzo y nivelando sus facultades, logró su objetivo en poco tiempo. El venerable Sona, viviendo solo, aislado, vigilante, fervoroso y resuelto, con el propósito por el que los jóvenes nobles parten de su casa para llevar una vida sin hogar, en poco tiempo, en esa misma vida, obtuvo por si mismo y como es debido el conocimiento más elevado, el fin supremo de la vida religiosa, y, habiéndolo logrado, moró en ello. Supo como es debido: «El renacimiento se ha destruido, se ha vivido la vida religiosa, se ha hecho lo que había de hacerse, ya no queda nada que produzca existencia.» Y el venerable Sona fue uno de los arahats.
El venerable Sona, después de lograr el estado de arahat, pensó que debía ir al Señor y declarar en su presencia la obtención del conocimiento. Así pues, fue al Señor, y aproximándose lo saludó y se sentó a un lado. Una vez sentado el venerable, dijo al Señor: «Señor, el monje que es un arahat, que ha destruido las corrupciones, que ha vivido la vida, que ha destruido las cadenas del devenir y que ha obtenido el conocimiento perfecto, está absorto en seis objetos: está absorto en la autoabnegación, en el aislamiento, en la ausencia de malicia, en la destrucción de la codicia, en la destrucción del apego, en la destrucción de la ofuscación.»

(Anguttara, III. 374)

X. La hija del tejedor

El *Dhammapada* es una colección de 423 versículos acompañados de un comentario que explica las circunstancias que rodearon el pronunciamiento de cada verso o grupo de versos. Ofrecemos a continuación el comentario sobre el versículo 174.

Un día llegó el Maestro a Âlavî, y sus habitantes lo invitaron a comer y le dieron limosna. El Maestro dio las gracias al final de la comida, y dijo: «La vida es incierta, la muerte es cierta. Por fuerza he de morir y mi vida acaba con la muerte. La vida es insegura, la muerte es segura. Por ello hay que practicar la reflexión sobre la muerte, porque aquellos que no han practicado la reflexión sobre la muerte, cuando llega su última hora, como un hombre que se aterroriza al ver una serpiente venenosa y la golpea con pánico, lanzan un grito de miedo y perecen. Pero aquellos que han practicado la reflexión sobre la muerte son como un hombre resuelto que ve a una serpiente venenosa de lejos y cogiéndola con un palo la arroja lejos y no se aterroriza cuando llega su última hora. Por ello hay que practicar la reflexión sobre la muerte.»
Tras oír esta exposición de la doctrina, el resto de la audiencia se marchó a realizar sus quehaceres, pero la hija de un tejedor, que tenía unos dieciséis años, pensó: «En verdad que es maravillosa la enseñanza de los Budas. Debo practicar la reflexión sobre la muerte.» Y practicó la reflexión sobre la muerte día y noche. El Maestro abandonó el lugar y regresó al monasterio de Jetavana; y durante tres años la muchacha practicó la reflexión sobre la muerte.

Cierto día en que el Maestro observaba el mundo a sus pies, vio a la muchacha cuando ella entró en la red de su Conocimiento, y trayéndola a su mente, pensó: «¿En qué punto se encuentra?» Y supo: «Desde que escuchó mi exposición de la doctrina hace tres años, esta muchacha ha estado practicando la reflexión sobre la muerte. Iré allí y le haré cuatro preguntas, y cuando ella responda expresaré mi aprobación a cada uno de los cuatro puntos y diré un verso. Cuando el verso concluya ella se establecerá en los frutos de la Entrada en la Corriente, y esta enseñanza será beneficiosa para la multitud.»

Entonces abandonó el monasterio de Jetavana, y viajando por etapas llegó al monasterio de Aggâlava con una comitiva de quinientos monjes. Los habitantes de Âlavî, al oír que había llegado el Maestro, fueron al monasterio y lo invitaron. La muchacha también supo de la llegada del Maestro, y pensó: «Mi Padre, Señor y Maestro, el gran Buda Gotama de cara hermosa como la luna llena, ha llegado.» Y con el corazón lleno de júbilo penso:

«Han pasado tres años desde que vi al Maestro que resplandece como el oro; ahora podré volver a ver su cuerpo de resplandor áureo y escuchar su doctrina dulce y excelente.» Pero su padre, entrando en su habitación, le dijo: «Hija, alguien me ha encargado una túnica pero me falta por tejer un pie. Lo acabaré hoy. Prepárame la lanzadera rápidamente y llévamela.» Ella pensó: «Quiero escuchar la doctrina del Maestro. Mi padre me reclama, pero si preparo la lanzadera y se la llevo, ¿llegaré a tiempo para escuchar la doctrina del Maestro?» Y siguió pensando: «Si no le llevo la lanzadera, mi padre me molerá a palos, así que prepararé la lanzadera y se la llevaré, y luego iré a escuchar la doctrina.» Así pues, se sentó en una silla y preparó la lanzadera.

Los habitantes de Âlavî esperaron a que el Maestro comiese, tomaron su escudilla y permanecieron en pie esperando que diese las gracias. El Maestro pensó: «La noble hija por la que he hecho un viaje de treinta leguas no está aquí para aprovechar la ocasión. Cuando ella pueda aprovechar la ocasión daré las gracias», y se sentó en silencio. Cuando el Maestro guarda silencio, nadie en el mundo de los hombres ni en el de los dioses osa pronunciar palabra.

Entretanto la muchacha preparó la lanzadera, la puso en una cesta y se la llevaba a su padre, cuando pasó por delante de la asamblea y miró al Maestro. El Maestro alzó su cabeza y miró a la muchacha. Al ver su mirada, la muchacha se apercibió: «El Maestro que está sentado ante asamblea tan grande me mira y está esperando a que yo venga, incluso espera que me acerque a su presencia.» Y dejando en el suelo la cesta de la lanzadera se acercó al Maestro. Pero ¿por qué la miró el Maestro? Puede ser que pensase: «Si ella muere como el común de los mortales, su estado futuro de existencia será incierto, pero si llega ante mi y se va tras obtener los frutos de la Entrada en la Corriente, su existencia futura será cierta y nacerá en el cielo Tusita.» Pero no habría liberación final para ella si moría ese mismo día. Ella, comprendiendo que era bien recibida, se aproximó al Maestro, y entrando en el radio de sus rayos de seis colores (de su halo) lo saludó y permaneció en pie a un lado. El Maestro, que estaba sentado en silencio en medio de una gran asamblea, dijo a la muchacha, que había permanecido en pie a un lado tras saludarle: «Muchacha, ¿de dónde vienes?» «No lo sé, reverendo Señor.» «¿Dónde vas?» «No lo sé, reverendo Señor.» «¿No sabes?» «Sí sé, reverendo Señor.» «¿Sabes?» «No sé, reverendo Señor.»

Éstas fueron las cuatro preguntas que le hizo el Maestro, y la multitud murmuró: «¡Qué vergüenza! La hija del tejedor habla con el Iluminado de lo que ella quiere, no hay duda de que cuando le preguntó que de dónde venía, ella debía haber contestado que de la casa del tejedor, y cuando se le preguntó que adónde iba, debería haber dicho que al taller del tejedor.» El Maestro acalló a la multitud y dijo: «Muchacha, cuando se te preguntó que de dónde venías, ¿por qué dijiste "no lo sé"?» «Reverendo Señor, vos sabéis que vengo de la casa del tejedor, y al preguntarme que de dónde vengo me estabais preguntando que de dónde venía antes de renacer aquí, y yo no sé de dónde venía al renacer aquí.» El Maestro le dijo: «Bien dicho, bien dicho; has explicado la pregunta que te hice», y expresando su aprobación preguntó de nuevo: «Cuando te pregunté que adónde irás, ¿por qué dijiste no saberlo? » «Reverendo Señor, vos sabéis que cogeré la cesta de la lanzadera e iré al taller del tejedor; lo que me preguntasteis fue que dónde renaceré cuando me vaya de aquí, y yo, Señor, no sé dónde renaceré cuando me vaya de aquí, cuando muera.» Entonces el Maestro dijo: «También has explicado esta pregunta.» Y por segunda vez expresó su aprobación y siguió preguntando: «¿Por qué dijiste que sí sabes, cuando te pregunté si no sabes?» «Reverendo Señor, yo sé que moriré, y por eso hablé así.» El Maestro le dijo: «También has explicado esta pregunta», y expresando su aprobación siguió preguntando: «Entonces, ¿por qué dijiste "no se cuando te pregunté si sabías?» «Yo sé que moriré, reverendo Señor, pero si moriré tal o cual día, si por la noche, durante el día o al alba, es algo que yo no sé y por eso hablé así.» El Maestro le dijo:

«También has explicado esta pregunta.» Y expresando su aprobación por cuarta vez, se dirigió a la asamblea: «Ninguno de vosotros sabía de qué estaba ella hablando y, sin embargo, murmurasteis. Aquellos que no tienen el Ojo de la Sabiduría están ciegos, y aquellos que tienen el Ojo de la Sabiduría ven.» Y luego añadió:

El mundo está ciego y no ve, pocos son en él los que tienen visión cabal;
al igual que son pocos los pájaros que escapan de la red, pocos son los que alcanzan el cielo.

Cuando acabó la enseñanza, la muchacha se estableció en los frutos de la Entrada en la Corriente, y la enseñanza también fue provechosa para la multitud.
Luego cogió la cesta de la lanzadera y fue a llevársela a su padre. Él se había sentado y se había quedado dormido, y ella, sin notarlo, le alargó la cesta de la lanzadera. La cesta golpeó contra el astil del telar y cayó haciendo ruido. Él se despertó y, agarrando el telar, lo arrastró. El astil se desprendió y se clavó en el pecho de la muchacha, que cayó muerta. El padre la vio allí caída, con todo su cuerpo bañado en sangre, y supo que estaba muerta. Le embargó la aflicción y, presa de lamentos «Nadie puede extinguir mi pena», fue a ver al Maestro y le contó lo que había pasado, implorando: «Reverendo Señor, extingue mi pena.» El Maestro lo consoló, diciendo: «No estés triste, porque en la interminable rueda de la existencia terrenal, las lágrimas derramadas cada vez que tu hija ha muerto, bastarían para llenar más de cuatro océanos. » Y pronunció para él un sermón sobre lo interminable de la existencia terrenal. Con su pena aliviada, el tejedor pidió al maestro ser admitido en la Orden, y tras recibir la admisión llegó al estado de arahat en no mucho tiempo.

(Dhammapada, comentario al versículo 174)

XI. «Historia de nacimientos»
Sobre las ventajas de cumplir los mandamientos

Las «historias de nacimientos» *(Jâtaka)* son unos 500 cuentos sobre las existencias anteriores del Buda. Cada historia se inicia con algún incidente ocurrido en la vida como Buda del Maestro, por ejemplo, la reincidencia de algún monje o el acto meritorio de algún fiel. El Buda cuenta entonces una historia del pasado en la que los actores de la vida anterior son, por lo general, los mismos que aquellos a quienes está exhortando en ese momento y en la que siempre aparece el Buda mismo en alguna de sus vidas como Bodhisatta. Con mucha frecuencia las historias del pasado son cuentos populares o fábulas mucho más antiguos que el propio budismo. No son parábolas, pero juegan el mismo papel en la enseñanza moral del budismo que las parábolas del Nuevo Testamento. Se utilizaron con profusión en las predicaciones populares, como los *exempla* de la Edad Media, y se siguen utilizando en Ceilán y otros países budistas.
Esta narración, basada en la creencia de que el mérito consiste en la acumulación de buen karma, es una idea general que los budistas aprovecharon ampliamente. Ahora bien, el principio de que las buenas compañías suponen en cierto sentido una forma de compartir los méritos, es una verdad ética general.

El Maestro contó esta historia sobre un fiel discípulo laico mientras vivía en Jetavana. Este discípulo, noble, fiel y creyente, un día que iba a Jetavana llegó de noche a la orilla del río Aciravati, pero como el barquero había subido su bote a tierra porque se había ido a escuchar la doctrina, el discípulo no vio ningún bote en la orilla, e inmerso en el júbilo de la meditación en el Buda llegó hasta el no. Sus pies no se hundieron en el agua, y caminó creyendo que se hallaba sobre tierra firme hasta que llegó a la mitad del trayecto y vio las olas. En ese momento el júbilo de su meditación en el Buda disminuyó y sus pies comenzaron a hundirse, pero volvió a fortalecer el júbilo de su meditación en el Buda, y cruzando sobre la superficie del agua entró en Jetavana, saludó al Maestro y se sentó a un lado. El Maestro intercambió con él un saludo amistoso, y preguntó: «Discípulo, ¿no te sentiste un poco fatigado cuando venias por la carretera?» El contestó: «Reverendo, tomé el júbilo de la meditación en el Buda y, recibiendo apoyo en la superficie del agua, he llegado como si hubiese caminado por tierra firme.» El Maestro dijo: «No has sido tú el único que ha recibido apoyo al recordar las virtudes del Buda; hace mucho tiempo, en una ocasión en la que un barco naufragó en medio del océano, un laico recordó las virtudes del Buda y recibió apoyo.» Al ser interrogado por el discípulo, contó una historia del pasado.
Hace mucho tiempo, en tiempos de Kassapa (El Buda que precedió inmediatamente a Gotama. También se le llama «de los diez poderes» para distinguirlo de otras personas del mismo nombre), el Buda perfectamente iluminado, un discípulo que había entrado en el Primer Camino embarcó junto con un padre de familia que era barbero. La mujer del barbero dijo: «Señor, que su suerte esté a tu cuidado», y puso al barbero en manos del laico. Sucedió que siete días después el barco naufragó en mitad del océano. Los dos hombres se subieron a una tabla y alcanzaron una isla. Allí

el barbero mató unos pájaros, los cocinó, comió y ofreció al laico. El laico dijo: «Tengo bastante», y no los comió. Pensó: «En este lugar no hay más sustento para nosotros que los Tres Refugios.» Y fijó su mente en las virtudes de la Triple Joya. Cuando estaba así concentrado, un rey de los nâga (seres sobrehumanos representados en las esculturas indias como serpientes de capuchón de varias cabezas. Podían asumir cualquier forma) que había nacido en esa isla cambió su cuerpo y adoptó la forma de una nave grande. El piloto era un dios del océano. La nave estaba hecha con las siete clases de piedras preciosas. Había tres mástiles de zafiros, el anda era de oro, las velas de plata y las cuadernas doradas. El dios del océano, de pie en cubierta, llamó: «¿Alguien quiere ir a Jambudipa (India)? «El laico dijo: «Nosotros deseamos ir.» «Entonces ven y embarca.» Embarcó y llamó al barbero. El dios del océano dijo: «Parte para ti, no para él.» «¿Por qué?», preguntó. «No ha practicado las virtudes de los mandamientos. Esa es la razón. He traído el barco para ti, no para él.» «Muy bien, comparto con él las limosnas que he dado, el cumplimiento de los mandamientos y la meditación que he practicado.» El barbero dijo: «Señor, acepto con agrado.» «Ahora lo llevaré», dijo el dios. Y subiéndolo a bordo transportó a ambos hombres por el océano hasta el río en Benarés. Con sus poderes sobrenaturales creó riqueza en la casa de ambos y dijo: Hay que frecuentar la compañía de los sabios, porque si el barbero no hubiese frecuentado la compañía de este laico, hubiese perecido en el océano.» Y hablando de las virtudes de la compañía de los sabios, dijo estos versos:

He aquí el fruto de la fe, de la virtud y del sacrificio.
Un *nâga* en forma de barco transporta a casa al laico fiel.

Del dios va en compañía, con el dios se asocia;
y gracias a su amistad con el dios, el barbero regresa a casa sano y salvo.

El dios del océano, suspendido en el aire, declaró la doctrina y los aconsejó así, y luego, tomando al rey *nâga,* ambos volvieron a su propia morada.

El Maestro, tras recitar esta declaración de la doctrina, expuso las verdades y mostró la conexión del nacimiento. Al acabar la exposición de las verdades el laico (El laico que había cruzado el río para ver al Buda) se estableció en los frutos de aquellos que sólo vuelven una vez más a este mundo. «En aquel tiempo, el laico (El laico del cuento del pasado. Hemos explicado los cuatro estados en la Introducción, p. 22.) que había alcanzado el Primer Camino obtuvo el Nirvana. Sâriputta era el rey *nâga,* y yo era el dios del océano.»

(*Jâtaka,* nº 190)

XII. «Historia de nacimientos» del rey virtuoso

Esta «historia de nacimientos» es una ilustración de la enseñanza que dice: «No se resiste a la maldad, sino que a cualquiera que le golpee la mejilla derecha, le muestra la otra también.» Pero la virtud en la que se insiste es el heroísmo. Las virtudes que cultiva el Bodhisatta hasta la perfección a lo largo de las diferentes etapas de su carrera son: caridad, moralidad, paciencia, heroísmo, meditación y sabiduría, y son conocidas como «las seis virtudes.» En los trabajos palis posteriores la lista se amplía a diez, con la adición de veracidad, esfuerzo, amor y ecuanimidad.

Hace mucho tiempo, cuando Brahmadatta gobernaba en Benarés, el Bodhisatta nació como hijo de la reina favorita. El día que le pusieron nombre le llamaron príncipe Sîlava (el virtuoso). A los dieciséis años dominaba a la perfección todas las disciplinas. A la muerte de su padre fue entronizado y, bajo el nombre de Mahâsîlava, se convirtió en un rey que siempre gobernó con gran virtud.

Construyó seis albergues para pobres, uno en cada una de las cuatro puertas de la ciudad, uno en el centro y otro a las puertas de su palacio; daba limosna a los viajeros pobres, guardaba los mandamientos y cumplía los deberes del día de ayuno y rebosaba paciencia, amabilidad y compasión. Igual que un padre se enternece con su hijo sentado en su regazo, así de tierno era con todos los seres y gobernaba su reino con virtud.

Un día uno de sus ministros cometió adulterio en el harén, y este hecho fue conocido por todos. Los ministros informaron al rey. El rey indagó en el asunto hasta comprobar por si mismo que era verdad y enviando a buscar al ministro, dijo: «Necio ciego, has actuado mal, no eres digno de vivir en mi reino. Toma tus propiedades, tu mujer y tus hijos y vete.» Y le expulsó del país. El ministro abandonó el país de Kâsi y fue a servir al rey de Kosala hasta que se fue ganando su confianza poco a poco.

Un día le dijo al rey de Kosala: «Su Majestad, el reino de Benarés es como un panal sin moscas. El rey es muy manso, y es fácil tomar el reino de Benarés incluso con una pequeña fuerza militar.» El rey, al oír sus palabras pensó: «El reino de Benarés es grande. ¿Es posible que este hombre sea un traidor alquilado para decir que se puede tomar con una fuerza pequeña?» Y le contestó: «Supongo que te han pagado para decir eso.» «No me han pagado, Su Majestad. Digo la verdad. Si no me cree, envíeme a saquear un pueblo fronterizo. Cuando los hombres sean capturados y llevados ante el rey, les dará dinero y les dejará marchar.» El rey pensó: «Habla como un hombre muy valiente. Le pondré a prueba.» Y envió algunos hombres a saquear un pueblo fronterizo. Los ladrones fueron capturados y llevados ante el rey de Benarés. El rey, al verlos, les preguntó: «Hijos míos, ¿por qué saqueasteis el pueblo?» «No tenemos para vivir», le contestaron. «En ese caso, ¿por qué no me lo pedisteis? No volváis a hacerlo en el futuro.» Y dándoles dinero los dejó marchar. Regresaron, y contaron al rey de Kosala lo que había sucedido. Pero, a pesar de eso, no se atrevió a ir, y de nuevo envió algunos hombres a saquear un lugar en el centro del país. El rey volvió a dar dinero a los ladrones y los dejó marchar. A pesar de eso, tampoco se atrevió a ir, y de nuevo envió hombres a robar esta vez en las mismas calles de Benarés. El rey también dio dinero a esos ladrones, e igualmente los dejó marchar. Entonces el rey de Kosala, viendo que aquél era un rey muy virtuoso, dijo: «Capturaré el reino de Benarés.» Y partió con un gran ejército.

En aquel tiempo el rey de Benarés tenía mil invencibles y heroicos guerreros que no hubieran retrocedido ni ante la embestida de un elefante loco, intrépidos aunque les cayese un rayo sobre la cabeza y capaces —si el rey Sîlava lo desease— de dominar todo Jambudipa, y que, al oír que el rey de Kosala se acercaba, dijeron al rey:

«Su Majestad, se acerca el rey de Kosala y dice que va a tomar el reino de Benarés; permítanos ir, castigarlo y capturarlo antes incluso de que atraviese las fronteras del reino.» «Hijos míos» —replicó—, «ningún daño ha de ser infligido a otros por mí. Dejemos que los que ambicionan reinos tomen éste.» Y les prohibió marchar.

El rey de Kosala atravesó la frontera y llegó al centro del país. De nuevo los ministros del rey de Benarés se le acercaron y repitieron lo mismo, y de nuevo rehusó el rey. El rey de Kosala se detuvo a las puertas de la ciudad y envió un mensaje al rey Sîlava: «Que se rinda o que presente batalla.» Al oír el mensaje, el rey envió esta respuesta: «No quiero saber nada de luchas. Que tome el reino.» Y de nuevo los ministros se acercaron al rey diciendo:

«No permitamos que el rey de Kosala entre en la ciudad; permítanos darle un castigo y capturarlo a las mismas puertas de la ciudad.» El rey rehusó como las veces anteriores, hizo abrir las puertas de la ciudad y se sentó en el gran salón del trono con sus mil ministros alrededor de él.

El rey de Kosala entró en Benarés con un gran ejército. No viendo ni un solo enemigo llegó a las puertas del palacio del rey y, encontrándolas abiertas, ascendió al salón del trono que estaba magníficamente engalanado, atestado de ministros, e hizo prender al inocente rey Sîlava con sus mil ministros, diciendo: «¡Adelante! Maniatad a la espalda con fuerza al rey y a sus ministros y conducidlos al cementerio. Metedlos en hoyos hasta el cuello y apretad bien la tierra para que no puedan mover ni un dedo. Cuando caiga la noche vendrán los chacales y harán con ellos lo que les es propio.»

Los hombres, al oír la orden del rey, ataron firmemente las manos en las espaldas del rey y de sus ministros y se los llevaron. Ni siquiera en aquel momento el rey Sîlava albergó un solo pensamiento de violencia hacia el usurpador, y ni uno solo de los ministros, ni mientras les ataban ni mientras se los llevaban, osó desobedecer al rey, así de bien disciplinados estaban.

Entonces los hombres del rey llevaron a Sîlava y a sus ministros a un cementerio y los enterraron hasta el cuello en un hoyo, el rey en el centro y los ministros a ambos lados. Cubrieron los agujeros de tierra, la apretaron bien y se fueron. El rey Sîlava habló a sus ministros exhortándoles así: «Hijos míos, no os dejéis llevar por la ira hacia el usurpador. Practicad la cordialidad.»

A medianoche llegaron los chacales, pensando que iban a comer carne humana. Cuando el rey y sus ministros los vieron, gritaron todos al mismo tiempo. Los chacales huyeron despavoridos, luego miraron hacia atrás y, al ver que nadie los seguía regresaron. Los hombres gritaron por segunda vez. Tres veces huyeron los chacales, y la tercera, al mirar hacia atrás otra vez sin ver que nadie los persiguiera, pensaron: «Deben ser hombres sentenciados a muerte.» Se envalentonaron y, cuando el grito se elevó de nuevo, no huyeron. El chacal más viejo se acercó al rey y los otros se acercaron a los ministros. El rey, que era muy astuto, observó el acercamiento del chacal como si le diera la oportunidad de morderlo y, de repente, giró su cuello y atenazó con sus dientes el cuello del chacal sujetándolo tan firme como si estuviera en una prensa. Sujeto con fuerza por el cuello por los dientes del rey, que era fuerte como un elefante, el chacal, incapaz de soltarse, temió por su vida y dio, un gran aullido. Los otros chacales, al oír el grito de dolor, pensaron que debía haber sido atrapado por algún hombre y, no atreviéndose a acercarse a los ministros, huyeron temiendo por sus vidas.

Gracias a la fuerza con que el rey sujetaba al chacal que había atrapado, la tierra empezó a aflojarse cuando el chacal se retorció de un lado a otro. El animal, aterrorizado, escarbaba la tierra

con sus cuatro patas alrededor del tronco del rey. Entonces el rey, al ver que la tierra ya estaba blanda, soltó al chacal y contorsionándose con la fuerza de un elefante, liberó ambas manos y, agarrándose al borde del agujero, salió como una nube empujada por el viento, alentó a sus ministros, removió la tierra, los desenterró y se quedó en el cementerio rodeado por sus ministros.
Sucedió que algunas personas habían arrojado un cadáver en el cementerio, y lo habían arrojado justo en la línea divisoria del territorio de dos *Yakshas1.* Los yakshas, al no poder dividir el cuerpo, dijeron: «No podemos dividirlo, pero el rey Sîlava es justo; él lo dividirá y nos lo dará. Vayamos a pedírselo.» Cogieron el cadáver y, arrastrándolo por los pies, se lo llevaron al rey, y dijeron: «Majestad, divídalo y dénoslo.» «De acuerdo, yakshas, —replicó—, lo dividiría y os lo daría, pero estoy sucio. Primero he de tomar un baño.» Los yakshas utilizaron sus poderes mágicos para traer el agua perfumada que estaba preparada para el usurpador y se la dieron al rey Sîlava para que se bañase. Después del baño trajeron y le dieron las ropas preparadas para el usurpador. Se las puso y le trajeron una caja con las cuatro clases de esencia con las que él mismo se ungió, y luego varias clases de flores colocadas sobre abanicos adornados con piedras preciosas dentro de un cofre de oro. Cuando el rey se hubo adornado con las flores, le preguntaron:
«¿Podemos hacer algo más?» El rey les hizo un signo de tener hambre. Ellos fueron y trajeron la comida sazonada con varias clases de las esencias más exquisitas y que había sido preparada para el usurpador, y el rey Sîlava, bañado, perfumado, vestido y adornado, tomó la comida sazonada con varias clases de las esencias más exquisitas. Los yakshas le trajeron una bebida perfumada en una copa de oro y un bol de oro, todo ello preparado para el usurpador. Entonces bebió agua y enjuagó su boca, y cuando se hubo lavado las manos le trajeron el betel del usurpador preparado con las cinco clases de esencias, y, después que lo hubo masticado, le preguntaron: «¿Podemos hacer algo más?» «Id y traed la espada del usurpador que está bajo su almohada» —dijo el rey. Y ellos fueron y se la trajeron también. El rey asió la espada, enderezó el cadáver y lo partió desde el centro del cráneo hacia abajo en dos partes, y estando así dividido dio una parte igual a cada yaksha, y limpiando la espada se la ciñó.
Entonces los yakshas comieron la carne, y sintiéndose satisfechos y bien dispuestos, preguntaron: «¡Oh rey! ¿Qué más podemos hacer por vos?» «Bien, con vuestros poderes mágicos llevadme a la alcoba real del usurpador y devolved a cada uno de los ministros a su propia casa.» Ellos contestaron:
«Muy bien, Majestad», y así lo hicieron.

El usurpador estaba durmiendo en el lecho de la alcoba real. El rey Sîlava le golpeó en el estómago con el dorso de la espada, pues estaba dormido e inconsciente. Se despertó sobresaltado y al reconocer al rey Sîlava a la luz de la lámpara, se levantó de la cama, recobró el coraje y, puesto en pie, se dirigió así al rey: «¡Oh rey! En una noche como ésta, con la casa vigilada, las puertas cerradas y el lugar inaccesible debido a la guardia, ¿cómo pudiste llegar hasta mi cama empuñando la espada y arreglado de pies a cabeza?» El rey se lo contó con todo detalle, y el usurpador, al oírlo, replicó lleno de agitación: «¡Oh rey! Yo, aunque soy un hombre, no conozco tu virtud, pero tus virtudes son conocidas por las fieras y por los crueles yakshas, devoradores de carne y sangre. Nunca más, ¡oh rey!, seré enemigo tuyo, que estás adornado con tal virtud.» Entonces prestó juramento sobre la espada, pidió perdón al rey y lo hizo acostar en la cama real, mientras él se tumbaba en un pequeño catre.

Cuando amaneció y salió el sol, mandó tocar el tambor, reunió a los miembros de todos los gremios, ministros, brahmines, y padres de familia, y relató ante ellos las virtudes del rey Sîlava, y parecía que estuviera haciendo que la luna llena se alzase en el cielo. Y de nuevo, en mitad de la asamblea, pidió perdón al rey, le devolvió el reino, y dijo:
«Ahora seré yo quien se encargue de los ladrones que se levanten contra vos. Gobernad vuestro reino que yo me mantendré en guardia.» Entonces dictó condena contra el traidor y volvió a su reino con su ejército.
El rey Sîlava, espléndidamente engalanado, se sentó bajo la sombrilla blanca de un trono que tenía las patas torneadas como las de un ciervo, y, contemplando su propia gloria, pensó: «Toda esta gloria no hubiese sucedido ni se hubiesen salvado las vidas de estos mil ministros si yo no hubiese actuado con heroísmo. Es posible mostrar heroísmo sin abandonar los deseos, pero los frutos del heroísmo sólo maduran para aquel que lo practica.» Y haciendo una declaración solemne, pronunció este verso:

Por más que un mortal luche y luche, no puede un hombre sabio ser derribado;
he visto esta verdad en mi propio destino, tal y como lo deseé, sucedió.

Cuando el Bodhisatta expresó su declaración solemne con este verso, pensó: «¡Ah! ¡Cómo madura el fruto del heroísmo en aquellos que están dotados de virtud!» Y realizando buenas acciones toda su vida, murió según sus actos (karma).

(Jâtaka, nº 51)

XIII. «Historia de nacimientos» de la ciudad de las cuatro puertas

Esta «historia de nacimientos» era muy popular y fue elaborada por los poetas budistas de varias escuelas. Nos ilustra sobre cuatro de los cinco estados *(gatis)* en los que puede nacer un individuo: habitante del infierno, fantasma, animal, hombre o dios. Según los hindúes, los fantasmas son los que no recibieron los ritos propios del enterramiento, pero para los budistas este estado se convirtió en un estado especial en el que han de espiarse ciertos crímenes.

Hace mucho tiempo, en tiempos de Kassapa1, el de los diez poderes, vivía el hijo de un maestro de gremio que tenía más de ochocientos millones. Se llamaba Mittavindaka, y sus padres habían entrado en el primer estado del Sendero Noble, pero él era vicioso y descreído. Tras la muerte de su padre, su madre, que administraba la hacienda, le dijo:

«Hijo mío, es muy difícil que obtengas estado como hombre; da limosna, observa los mandamientos, toma los votos del día de ayuno y escucha la doctrina.» El replicó: «Madre, no tengo ningún deseo de dar limosnas ni nada por el estilo, no me hables de ello. Iré según mi karma.» Pero, a pesar de la respuesta, su madre le dijo uno de los días de ayuno de la luna llena: «Hijo mío, hoy se considera un día grande de ayuno. Toma hoy los votos, ve al monasterio y escucha la doctrina toda la noche y te daré mil monedas.» «Muy bien —contestó él, y movido por el deseo del dinero tomó los votos, comió temprano, fue al monasterio y pasó allí el día. Por la noche, para que ni una sola palabra de la doctrina llegase a sus oídos, se buscó un lugar para tumbarse y se durmió.

Su madre, entretanto, pensó: «Mi hijo, después de escuchar la doctrina, volverá temprano y traerá al venerable que la ha predicado.» E hizo gachas, comida sólida y líquida, preparó un asiento y esperó a que llegase. Al verlo regresar solo, preguntó:

«Hijo mío, ¿por qué no trajiste al predicador?» «No quiero ningún predicador», dijo. «Entonces bébete las gachas», contestó ella. «Me prometiste mil monedas —dijo él—, dámelas ya. Luego beberé.» «Bebe, hijo; las tendrás luego.» «Beberé cuando las tenga.» Así pues, su madre puso ante él una bolsa con mil monedas. Él bebió las gachas, cogió la bolsa, y, negociando con el dinero, ganó dos millones en poco tiempo.

Entonces pensó adquirir un barco y comerciar. Así lo hizo, y dijo: «Madre, me voy a dedicar al comercio con este barco.» Su madre contestó:

«Eres mi único hijo; en esta casa hay mucha riqueza y en el mar muchos peligros. No vayas.» El replicó: «Me iré, no puedes detenerme.» Ella dijo:

«Hijo mío, te detendré», y le sujetó de la mano. Pero él retiró la mano y, dándole un golpe que la hizo caer, cerró la puerta y se fue a navegar.

Por causa de Mittavindaka el barco embarrancó al séptimo día. Se echaron a suertes para saber quién era la persona de la mala suerte, y por tres veces la suerte se encontró en la mano de Mittavindaka. Los otros le dieron una balsa, diciendo:

«Que no tengan que perecer muchos por causa de uno», y lo echaron al agua. Y en aquel preciso instante el barco comenzó a navegar velozmente.

Flotando en la balsa llegó a una isla. Allí vio a cuatro fantasmas femeninos en un palacio de cristal. Durante siete días sufrían dolor y durante siete días gozaban de placer. Durante siete días experimentó con ellas la bendición divina, y cuando se iban a recibir su castigo le dijeron: «Señor, regresaremos dentro de siete días; no te preocupes hasta que volvamos y quédate aquí.» Y se fueron.

Pero él, al estar en las garras de la codicia, embarcó en su balsa y de nuevo navegó por el mar hasta que llegó a otra isla, y allí encontró a ocho fantasmas femeninos en un palacio de plata. Ocurrió lo mismo. En otra isla encontró dieciséis en un palacio de joyas, y en otra a treinta y dos en un palacio de oro, y con todas ellas experimentó la bendición divina. Cuando llegó el momento en el que también éstas debían sufrir su castigo, se echó al mar y vio una ciudad rodeada por una muralla con cuatro puertas. Era el infierno Ussada, un lugar en el que muchos habitantes del infierno pagan las consecuencias de sus actos. Pero a los ojos de Mittavindaka apareció como una ciudad bellamente engalanada. Pensó: «Entraré en esta ciudad y me convertiré en rey.» Nada más entrar vio a un ser que ardía en el infierno y que soportaba sobre su cabeza una rueda dentada. Pero a él la rueda dentada le pareció una flor de loto. Las cinco cadenas de su pecho le parecieron un espléndido peto, y la sangre que manaba de su cuerpo, ungüento de sándalo rojo. El sonido de los lamentos le sonó como un dulce canto. Mittavindaka se acercó a él y dijo:

«Compañero, ya has llevado ese loto bastante tiempo, dámelo a mí.» «Amigo, no es un loto, es una rueda dentada.» «Dices eso porque no quieres dármelo.» El habitante del infierno pensó: «Ya debe haberse extinguido mi karma del pasado, y este hombre debe haber venido aquí por haber golpeado a su madre, como hice yo.» Y dijo: «Venga, señor, tome este loto.» Y diciendo estas palabras arrojó la rueda dentada a la cabeza de Mittavindaka y cayó sobre él hendiéndole el cráneo. En ese momento Mittavindaka reconoció la rueda dentada y gritó: «Toma tu rueda dentada. Toma tu rueda dentada.» Pero el otro desapareció.
Entonces el Bodhisatta (en su nacimiento como rey de los dioses) que pasaba por el infierno, llegó a aquel lugar. Mittavindaka, al verlo, le dijo:
«Señor, rey de los dioses, me ha caído esta rueda dentada sobre la cabeza, y me la está moliendo dejándomela como semillas de sésamo. ¿Qué pecado he cometido?» Y pronunció dos estrofas:

Cuatro puertas tiene esta ciudad, las murallas son de hierro, de sólida construcción, y aquí estoy yo, atrapado y encerrado. ¿Qué pecado he cometido?

Ved que las puertas están cerradas y el cerrojo corrido, y como un pájaro estoy enjaulado.
¿Cuál es la razón? Yaksha, decidme. ¿Por qué he sido castigado con esta rueda?

El rey de los dioses pronunció seis estrofas para explicar la razón:

Cien mil actos acumulasteis, y veinte más por añadidura;
cuando vuestros allegados se apiadaron de vos, no prestasteis oídos a sus palabras.

Fuisteis a navegar por el mar, un viaje por el océano, difícil de ganar; llegasteis donde las cuatro, y luego donde las ocho, y las dieciséis.

Y de allí a las treinta y dos, y, cómo no, a la rueda, hombre ambicioso, vinisteis, traído por la ambición, y ahora la rueda gira en vuestra cabeza.

A la ciudad, ancha y difícil de colmar, llegasteis cargado de codicia; aquellos que esta ciudad buscan con lujuria serán los portadores de la rueda.

Aquellos que no se privan de riquezas, aquellos que no buscan el Camino, que no establecen su mente en él, aquellos serán los portadores de la rueda.

Ponderad vuestros actos, considerad vuestra gran riqueza; no corred en pos de la ambición, que es vana e inútil, de los que se apiadan de vos. Si vos sois ése, la rueda no se acercará a vos.

Al oír esto, Mittavindaka pensó: «Este hijo de los dioses conoce con exactitud todo lo que he hecho. También sabrá cuánto tiempo tengo que arder. Le preguntaré.» Y dijo:

¿Cuánto tiempo sobre mi cabeza, Yaksha, estará esta rueda que me tortura? Decidme: ¿Cuántos miles de años? Os pregunto, Yaksha, decidme.

Entonces el Gran Ser pronunció el décimo verso como respuesta.
Sea vuestra tortura corta o larga, Mittavindaka, escúchame:
la rueda ha sido arrojada a tu cabeza, desde aquí no puedes liberar tu vida.

Diciendo esto el dios se fue a su propio palacio, y sobre el otro se abatió un gran sufrimiento.

(*Jâtaka,* nº 439)

XIV. Las preguntas irrelevantes

Las preguntas irrelevantes son una lista de problemas que, se dice, rehusaba contestar el Buda. Por eso se ha dicho que el Buda rechazaba la metafísica. Pero la negativa se limitaba sólo a esta lista de preguntas y no abarca la metafísica en su totalidad. El budismo mantiene una posición que engloba varios principios tan metafísicos como aquéllos, y la cuestión del contenido metafísico del budismo ha sido objeto de amplias discusiones.

Los problemas de si (1) el universo es eterno y (2) si es finito o infinito, son problemas cosmológicos que los físicos modernos siguen debatiendo. La pregunta (3) de si la vida es lo mismo que el

cuerpo, la formula otra escuela y los budistas no la discuten en absoluto. La cuestión (4) acerca de la existencia de una persona liberada, se formula de tal manera que no hay forma de contestarla, y se trata de ella más ampliamente en el capítulo XVI.

Así lo he oído. En aquel tiempo el Señor residía en Sâvatthî, en el monasterio de Jetavana, en el parque de Anâthapindaka. Estando el venerable Mâlunkyâputta retirado en meditación, surgió en su mente este pensamiento: «El Señor no ha explicado, sino que ha rechazado y descartado estas cuestiones: si el universo es eterno, si no es eterno; si es finito, si es infinito; si vida y cuerpo son una misma cosa, si la vida es una cosa y el cuerpo otra; si una persona liberada existe tras la muerte, si no existe tras la muerte, si existe y no existe tras la muerte, si ni existe ni no existe tras la muerte. El Señor no me ha explicado estas cosas; el que no me las haya explicado me desagrada, no me conviene. Iré al Señor y le preguntaré sobre el tema. Si el Señor me las explica, practicaré la vida religiosa con el Señor; pero si el Señor no me las explica, abandonaré el adiestramiento y volveré a un estado inferior. (Mâlunkyâputta va y plantea su decisión).

«¿Alguna vez, Mâlunkyâputta, te he dicho:
“Ven, Mâlunkyâputta, practica conmigo la vida religiosa, y yo te explicaré si el universo es finito...” (etc.)?» «No, reverendo Señor.»
«Cualquiera, Mâlunkyâputta, que dijera: “No llevaré la vida religiosa con el Señor hasta que el Señor no me explique si el universo es eterno...” (etc.), esa persona, Mâlunkyâputta, moriría sin que el Tathâgata se lo explicase. Igual que un hombre herido por una flecha emponzoñada, y sus amigos, compañeros, allegados y familiares fuesen a buscar un cirujano y él dijese: “No dejaré que me saquen la flecha hasta que no sepa si el hombre por el que fui herido era de casta guerrera, o brahmin, o agricultor, o siervo.., cuál es su nombre y su clan... si era alto, bajo o de estatura mediana... si era negro u oscuro o del color de un pez dorado... si era de tal o cual pueblo o ciudad... si fui herido por un arco o por una ballesta... si la cuerda del arco era de fibra de bambú, o de tendones, o de cáñamo, o de un árbol resinero.., si la flecha provenía de una planta silvestre o cultivada... si la pluma era del ala de un buitre o de una garza, o de un halcón o de un pavo real... si estaba amarrada con un nervio de buey o de búfalo, o de ciervo, o de mono... si la flecha era una flecha ordinaria, o una flecha dentada, o una flecha de lengüetas, o una flecha de hierro, o una flecha de colmillo de cría de elefante, o de hoja de adelfa.” Mâlunkyâputta, el hombre moriría sin llegar a saber todo eso.
»No es sobre la opinión de que el universo es eterno, ni sobre la opinión de que el universo no es eterno donde descansa la vida religiosa. Ya se opine que el universo es eterno o que el universo no es eterno, sigue habiendo renacimiento, vejez, muerte, aflicción, lamento, dolor, pena y desesperación. Yo enseño la destrucción de todo esto incluso en esta vida.
»No es sobre la opinión de si el universo es finito o infinito.., si la vida es el cuerpo o si la vida es una cosa y el cuerpo otra... si la persona liberada existe después de la muerte... sigue habiendo renacimiento, vejez, aflicción, lamento, dolor, pena y desesperación. Yo enseño la destrucción de todo esto incluso en esta vida.
»Así pues, Mâlunkyâputta, considera como inexplicado lo que no he explicado, y considera como explicado lo que he explicado. ¿Y qué es, Mâlunkyâputta, lo que no he explicado? Si el universo es eterno.., etc.). ¿Y por qué no lo he explicado? Porque, Mâlunkyâputta, no es útil, no concierne a los principios de la vida religiosa, no conduce al hastío, a la ausencia de pasión, a la cesación, tranquilidad, conocimiento supremo, iluminación, Nirvana. Por eso no lo he explicado.
»¿Y qué es, Mâlunkyâputta, lo que he explicado? “Esto es dolor”, esto he explicado. “Ésta es la causa del dolor”, esto he explicado. “Ésta es la cesación del dolor”, esto he explicado. “Éste es el Sendero que conduce a la destrucción del dolor”, esto he explicado. ¿Y por qué, Mâlunkyâputta, he explicado esto? Porque esto, Mâlunkyâputta, es útil, concierne a los principios de la vida religiosa, conduce al hastío, a la ausencia de pasión, cesación, tranquilidad, conocimiento supremo, iluminación, Nirvana. Así pues, Mâlunkyâputta, considera como inexplicado lo que no he explicado y considera explicado lo que he explicado.»
Así habló el Señor. Y el venerable Mâlunkyâputta aplaudió con júbilo las palabras del Señor.

(Majjhima, i, 426 ss.)

XV. El sermón sobre las señas del no ser

Se dice que éste fue el segundo sermón dado a los cinco monjes. En él se habla del «ser» desde un solo punto de vista: el que se mantiene en la India de que hay algún elemento en el ser que permanece inmutable y pasa de nacimiento en nacimiento. Es la doctrina del â*tman* tal y como la

conciben los hindúes y los jamás. La argumentación empieza con el análisis budista del ser al que consideran compuesto por cinco elementos: cuerpo, sensación, percepción, los otros elementos como son la voluntad, etc., agrupados bajo el nombre de «agregados» *(samkhâras)* y conciencia. Cada uno de estos elementos, la conciencia igual que los demás, es susceptible de cambiar a enfermedad y dolor y no puede llamarse el «ser.» Lo que transmigra es toda esta combinación cambiante que sigue haciéndolo hasta su dispersión final con la obtención del Nirvana.

Monjes, el cuerpo no es una entidad permanente. Porque, si este cuerpo tuviera una entidad permanente, no estaría sujeto a la enfermedad y sería posible para el cuerpo decir: «Que mi cuerpo sea así, que mi cuerpo no sea así.» Pues porque el cuerpo no es una entidad permanente, está sujeto a enfermedad, y no es posible para el cuerpo decir:
«Que mi cuerpo sea así, que mi cuerpo no sea así.» La sensación no es una entidad permanente... La percepción no es una entidad permanente... Los agregados no son una entidad permanente... (se repite siempre lo mismo que se ha dicho para el cuerpo).
La conciencia no es una entidad permanente. Porque si la conciencia fuera una entidad permanente, la conciencia no estaría sujeta a enfermedad y le sería posible a la conciencia decir: «Que mi conciencia sea así, que mi conciencia no sea así.» *Y* porque la conciencia no es una entidad permanente, la conciencia está sujeta a enfermedad, y no le es posible a la conciencia decir: «Que mi conciencia sea así, que mi conciencia no sea así.»
«¿Qué creéis, monjes? ¿Es el cuerpo permanente o impermanente?» «Impermanente, reverendo. » «¿Lo impermanente es doloroso o agradable?» «Doloroso, reverendo.» «¿Es adecuado considerar lo impermanente, doloroso y sujeto a cambio como: “Esto es mío, éste soy yo, éste es mi ser”?» «No, reverendo.» (Se repite lo mismo con respecto a los otros elementos.) Por tanto, monjes, cualquier cuerpo pasado, presente o futuro, interno externo, burdo o sutil, vil o noble, lejano o cercano, todo este cuerpo no es «mío», no es «yo», no es «mi ser.» Así es como hay que verlo en realidad, con sabiduría correcta. (Se hace la misma afirmación con respecto a las sensaciones, etc.)
«Al percibirlo así, monjes, el noble discípulo lúcido siente asco por el cuerpo, la sensación, la percepción, los agregados, la conciencia. Sintiéndose asqueado se desvincula de la pasión, desvinculándose de las pasiones se libera y en el que se ha liberado surge el conocimiento de que “Estoy liberado”. Comprende que se ha destruido el renacimiento, se ha vivido la vida religiosa, se ha hecho lo que había de hacerse y no queda ningún resto que sea causa de existencia.» Así habló el Señor, y los cinco monjes, con la mente contenta, expresaron su aprobación a las palabras del Señor. Y mientras se les hacia esta exposición, las mentes de los monjes se libraron del apego a las corrupciones. En aquel momento había seis arahats en el mundo.

(Vinaya., Mahâv., i. 6)

XVI. La supervivencia del liberado

En la respuesta a Mâlunkyâputta (cap. XIV) se dejan a un lado las preguntas irrelevantes porque son inútiles para el discípulo, y las opiniones de las diferentes escuelas son contradictorias. Pero la pregunta sobre la existencia de una persona liberada después de la muerte tiene un interés directo para el individuo y recibe un tratamiento especial en la respuesta a Vaccha. En ella se pone de manifiesto que no hay forma posible de dar una respuesta positiva. La aniquilación se rechaza de plano, pero la existencia —tal y como la conocemos— es una existencia fugaz, surgiendo y desapareciendo, y no se puede afirmar nada de alguien que ha alcanzado un estado que está más allá de lo que conocemos como existencia. Como el Señor dijo a Upasiva: «Cuando todas las cualidades desaparecen, también desaparecen todas las palabras. »

La opinión de que el mundo es eterno, Vaccha, es una jungla de opiniones, un desierto, un desatino, una perversión, una traba de puntos de vista, y va unida a sufrimiento, destrucción, desesperación y dolor, y no conduce al hastío, ausencia de pasión, cesación, tranquilidad, conocimiento supremo, iluminación, Nirvana.
La opinión de que el mundo no es eterno, que el mundo es finito, no finito, que vida es lo mismo que cuerpo, que la persona liberada existe tras la muerte o no existe tras la muerte, que existe y no existe o que ni existe ni no existe, es una jungla de opiniones...
«¿Tiene Gotama alguna opinión?» «El Tathâgata, Vaccha, está libre de opiniones, y es por esto que el Tathâgata dice que el cuerpo, el surgimiento del cuerpo, la desaparición del cuerpo, las sensaciones, el surgimiento de las sensaciones, la desaparición de las sensaciones; la percepción... los agregados mentales... la consciencia... Por tanto, el Tathâgata, con la destrucción, desaparición, cesación, abandono y rechazo de toda imaginación, toda agitación,

toda presunción obstinada sobre una entidad permanente o de cualquier cosa perteneciente a una entidad permanente, está liberado. Así digo.»

«Pero, Gotama, ¿dónde renace el monje cuya mente está liberada?» «No hace al caso, Vaccha, decir que renace.» «Entonces, Gotama, no renace.» «No hace al caso, Vaecha, decir que no renace.» «Entonces, Gotama, renace y no renace.» «No hace al caso, Vaecha, decir que renace y no renace.» «Entonces, Gotama, ni renace ni no renace.» «No hace al caso, Vaccha, decir que ni renace ni no renace.» «Gotama, en este asunto he llegado a un estado de ignorancia, un estado de confusión, y la pequeña cantidad de fe que tenía en Gotama por una conversación anterior, ha desaparecido.» «Asaz es tu ignorancia, Vaccha; asaz es tu confusión. Porque la doctrina es profunda, difícil de ver y comprender, buena, excelente, está más allá de la esfera de la razón, es sutil e inteligible sólo para el sabio. Es difícil de comprender para ti que sostienes otras opiniones, otra fe, otras inclinaciones, otra disciplina y tienes otro maestro. Así pues, Vaccha, te preguntaré algo y lo explicas como más te agrade. ¿Crees, Vaccha, que si un fuego ardiese ante ti sabrías que hay un fuego ardiendo ante ti?» «Si un fuego ardiese ante mí, Gotama, sabría que hay un fuego ardiendo ante mí.» «Y si alguien te preguntara que de qué depende el fuego que arde ante ti, ¿cómo se lo explicarías?» «Si me preguntasen, Gotama... lo explicaría así: Este fuego arde ante mí por causa del combustible compuesto de paja y leña.» «Si el fuego que hay ante ti se apagara, ¿sabrías que el fuego se ha apagado?» «Si el fuego que hay ante mí se apagara, sabría que el fuego se ha apagado.» «Y si alguien, Vaccha, te preguntara en qué dirección se ha ido el fuego que ardía ante **ti,** si al este, al oeste, al norte o al sur, si te preguntaran eso, Vaccha, ¿Cómo lo explicarías?» «No hace al caso, Gotama, decir eso, porque el fuego arde dependiendo de la paja y la leña, y al consumirlas completamente y no obtener más de lo que constituye su alimento, llega a lo que se llama extinguirse.» «Así es, Vaccha, ese cuerpo por el que se define a una persona liberada ha cesado, se ha desarraigado, se ha cortado como una palmera, se ha hecho no-existente y no susceptible de surgir de nuevo en el futuro. Una persona liberada que se ha desembarazado de lo que llamamos el cuerpo, Vaccha, es profunda, inconmensurable, difícil de desentrañar y como el gran océano. No hace al caso decir que nace de nuevo, decir que no nace de nuevo, decir que nace y no nace de nuevo, decir que ni nace ni no nace de nuevo.» (Se repite la misma declaración para cada uno de los otros elementos del individuo: sensación, percepción, los otros agregados mentales y la conciencia.)

Acto seguido, el asceta errante del clan Vaccha dijo al Señor: «Gotama, es como si hubiera un gran árbol Sâla cerca de un pueblo o una ciudad, y, debido al cambio incesante, cayeran sus hojas y sus ramas, la corteza y la madera fibrosa y, más tarde, a pesar de la desaparición de esas ramas, hojas, corteza y madera fibrosa, volviera a erguirse en todo su vigor. Así, este sermón de Gotama, a pesar de la desaparición de ramas y hojas, corteza y fibra, se yergue puro en todo su vigor. ¡Maravilloso, Gotama! ¡Admirable, Gotama! Es como si se pusiera boca arriba lo que estaba boca abajo, o se revelara lo que estaba escondido, o se le mostrara el camino a alguien que anduviera extraviado, o se encendiera una lámpara en la oscuridad —los que tienen ojos ven las cosas visibles—. Gotama ha explicado la doctrina de muchas maneras. Tomo a Gotama como refugio, y a la doctrina, y a la Orden de monjes. Que Gotama me acepte como discípulo desde este día y mientras que dure mi vida, porque he venido a refugiarme en él.»

(Majjhima, i. 458 ss.)

XVII. Dios y el alma

Las Preguntas Irrelevantes se tratan aquí desde un punto de vista diferente. El *Brahmajâla Sutta,* «La Red de Brahma», es un sermón que teje como en una red todas las formas posibles de responderlas. Entre los problemas surgidos está la cuestión de si el universo y el ser *(âtman)* son eternos. La opinión hindú es que el universo pasa de un ciclo de descanso a un ciclo de actividad y vuelve a descansar. Se afirma que Brahma es el creador en el sentido de que es él quien pone al mundo en marcha de nuevo. Los budistas aceptaban la teoría de los ciclos, pero en su teoría de que todo es impermanente negaban que Brahma fuese la causa del cambio. Como no se tenía en consideración el tema de un principio absoluto, no había necesidad de preguntarse quién lo ponía en marcha. Pero en este sermón encontramos una negativa a que Brahma fuese el primer motor. Se le representa como un ser en el mundo de Brahma, que desea tener compañía, y cuando nacen otros seres piensa que los ha creado él. También se ataca la teoría de un *âtman;* la opinión de que detrás del ser hay una entidad permanente. Lo que los budistas niegan es esa supuesta entidad, y la reemplazan por el análisis del ser dividido en cinco grupos, como vimos en el capítulo XV.

Monjes, hay algunos ascetas y brahmines que, en parte, creen en la eternidad y en parte no creen en la eternidad y que argumentan de cuatro formas que el ser y el mundo son en parte eternos y

en parte no eternos. ¿En qué se basan?
Monjes, hay un tiempo, en algún periodo y ocasión, al final de una era larga, en el que este universo evoluciona. Cuando el universo evoluciona, los seres tienden principalmente a nacer en el mundo Radiante. Allí existen formados por mente, alimentándose del gozo, brillando con su propia luz, moviéndose por el aire, morando en su propia gloria, y viven durante mucho tiempo.
Hay un tiempo, en algún periodo y ocasión, al final de una era larga, en que el universo involuciona. Entonces la morada de Brahma aparece vacía. Entonces algún ser, debido a que su vida o sus méritos se extinguen, desaparece del mundo Radiante y nace en el mundo vacío de Brahma. Allí, formado por mente, alimentándose del gozo, brillando con luz propia, moviéndose por el aire, morando en la gloria, vive durante mucho tiempo. Entonces, al estar solo durante tanto tiempo, se siente incómodo, descontento y queriendo: ¡Ojalá que otros seres vinieran a este lugar! Entonces otros seres, debido a que su vida o sus méritos se extinguen, desaparecen del mundo Radiante y nacen en el mundo de Brahma como compañeros de aquel ser. Ellos también están formados de mente... y viven durante mucho tiempo.
Entonces, el ser que nació allí primero piensa:
«Yo soy Brahma, el gran Brahma, el supremo, el sin par, el que todo lo ve, el controlador, el disponedor, el dominador, el padre de todo lo que ha sido y será. Estos seres han sido creados por mi, ¿por qué? Porque hace un tiempo pensé: "¡Ojalá que otros seres vinieran a este lugar!" Ese fue mi deseo, y ahora han llegado estos seres.» Y los seres que han nacido después piensan: «Con certeza que éste es Brahma, el gran Brahma, el supremo, el sin par, el que todo lo ve, el controlador, el Señor, el hacedor, el creador, el disponedor, el dominador, el padre de todo lo que ha sido y será. Hemos sido creados por Brahma. ¿Por qué? Hemos visto que él nació aquí primero y que nosotros hemos nacido después.»
Ahora bien, monjes, el ser que nació allí primero tenía una vida más larga y era más bello y poderoso, y los seres que nacieron después tenían una vida más corta y tenían menos belleza y poder. Se da el caso de que uno de aquellos seres muere en ese mundo (el de Brahma) y vuelve a nacer en el mismo mundo. Habiéndolo hecho, parte de una casa a una vida sin hogar. A partir se aplica con ahínco, se aplica con esfuerzo, diligencia, honestidad y recta reflexión y alcanza una concentración tal que con su mente así concentrada recuerda su nacimiento precedente, pero nada antes de ello, y dice: «Brahma, el gran Brahma, el supremo, el sin par, el que todo lo ve, el controlador, el Señor, el hacedor, el creador, el disponedor, el dominador, el padre de todo lo que ha sido y todo lo que será, el que nos ha creado, es permanente, estable, eterno, de naturaleza inmutable y siempre será el mismo. Pero nosotros, que hemos sido creados por Brahma, somos impermanentes, inestables, de corta vida y moriremos después de haber nacido aquí.» Monjes, éste es el primer argumento por el que, y a cuenta del que, algunos ascetas y brahmines que creen en parte en la vida eterna y en parte no creen en la vida eterna, sostienen que el universo es en parte eterno y en parte no eterno.
(Se dan otros dos argumentos por los que un individuo infiere, de la misma manera, que algunos dioses son eternos y otros no.)
¿Cuál es el cuarto argumento por el que algunos ascetas y brahmines sostienen que el ser y el universo son en parte eternos y en parte no eternos? Éste es el caso de algún asceta o brahmín que es un pensador, un investigador, que expresa una teoría pergeñada por él mismo basándose en su razonamiento e investigación, y dice: «Este yo, llamado ojo, oído, nariz, lengua y cuerpo, es impermanente, inestable, no eterno, sujeto al cambio; pero el yo llamado pensamiento, mente o conciencia es permanente, estable, eterno, no sujeto al cambio y siempre será el mismo.» Monjes, éste es el cuarto argumento por el que, y a cuenta del que, algunos ascetas y brahmines sostienen que el ser y el universo son en parte eternos y en parte no eternos.
A este respecto, monjes, el Tathâgata sabe que esas teorías particulares, así sostenidas y defendidas, tendrán ese resultado. Pero el Tathâgata conoce eso y sabe algo mejor que eso, y ese conocimiento no le afecta. Al no estar afectado, ve la paz interior, y habiendo visto como es debido el surgimiento y la desaparición de las sensaciones, el disfrute que hay en ellas y lo desagradable que hay en ellas, y habiendo escapado de ellas, el Tathâgata está totalmente liberado.

Monjes, éstas son las cosas difíciles de ver, difíciles de comprender, tranquilas, sublimes, que están más allá de la esfera del razonamiento, que son abstrusas y que el Tathâgata, habiéndolas comprendido y conocido por sí mismo, da a conocer, y es por estas cosas por las que aquellos que hablasen rectamente alabarían al Tathâgata como es debido.

(Dîgha, i. 17)

XVIII. Dhaniya, el pastor

Además de las porciones de las Escrituras tenidas por las palabras directas del Maestro o de sus discípulos y otras partes narradas —debidas probablemente a los recitadores—, que cuentan el tiempo y lugar en el que fueron dichas, existe otra literatura posterior, compuesta principalmente por colecciones de versos, que ha sido incluida en el quinto Nikáya. Es evidente que pertenecen a un periodo en el que había una intensa actividad literaria y un impulso por producir composiciones conforme a unas reglas literarias establecidas. El más importante de estos trabajos es el *Sutta-nipáta* (sección de sermones) que incluye poemas de enseñanza moral sencilla, baladas que recogen diversos acontecimientos de la vida del Buda e incidentes en la vida de la Orden. Algunos están compuestos en forma dramatizada o dialogada, como es el caso del poema que incluimos a continuación.

DHANIYA.—He hervido mi arroz, he terminado de ordeñar,
a la orilla del río Mahi vivo con mis gentes;
mi casa está techada, el fuego encendido.
Por tanto, si es tu deseo, ¡oh cielo!, empieza a llover.

EL SEÑOR.—Estoy libre de ira, he puesto fin a las porfías,
a la orilla del río Mahi, por una noche pernocto;
mi casa está sin techar, mi fuego está extinguido.
Por tanto, si es tu deseo, ¡oh cielo!, empieza a llover.

DHANIYA.—No hay tábanos que me acosen,
las vacas pastan en fértiles praderas;
pueden aguantar el aguacero en caso de que caiga.
Por tanto, si es tu deseo, ¡oh cielo!, empieza a llover.

EL SEÑOR.—Mi balsa es resistente y bien construida,
he cruzado a la otra orilla y he abandonado el torrente,
y ya no necesito la balsa.
Por tanto, si es tu deseo, ¡oh cielo!, empieza a llover.

DHANIYA.—Mi mujer es obediente y no es lasciva,
llena de encantos ha vivido largo tiempo conmigo,
sin que jamás haya oído nada perverso de ella.
Por tanto, si es tu deseo, ¡oh cielo!, empieza a llover.

EL SEÑOR.—Mi mente es obediente, está emancipada,
durante largo tiempo ha sido bien apaciguada y está bien adiestrada.
no queda en mí nada que sea perverso.
Por tanto, si es tu deseo, ¡oh cielo!, empieza a llover.

DHANIYA.—Mi vida y mis ingresos los gano con mi propio esfuerzo,
mis hijos están sanos y viven conmigo,
sin que jamás haya oído nada perverso de ellos.
Por tanto, si es tu deseo, ¡oh cielo!, empieza a llover.

EL SEÑOR.—No soy el sirviente de nadie,
con lo que me dan deambulo por el mundo
y no tengo necesidad de ningún salario.
Por tanto, si es tu deseo, ¡oh cielo!, empieza a llover.

DHANIYA.—Tengo vacas y tengo novillos,
tengo vacas preñadas y vacas criando,
y también tengo un toro, señor del rebaño.
Por tanto, si es tu deseo, ¡oh cielo!, empieza a llover.

EL SEÑOR—No tengo vacas, no tengo novillos,
no tengo vacas preñadas ni vacas criando,
ni siquiera tengo un toro, señor del rebaño.

Por tanto, si es tu deseo, ¡oh cielo!, empieza a llover.

DHANIYA.—Las estacas están bien hincadas,
no pueden ser sacudidas,
las sogas de esparto son nuevas y están bien trenzadas;
las vacas no podrán romperlas.
Por tanto, si es tu deseo, ¡oh cielo!, empieza a llover.

EL SEÑOR—Como un toro he hecho pedazos las ataduras,
como un elefante he triturado las cadenas que arrastraba,
nunca más volveré a entrar en un vientre.
Por tanto, si es tu deseo, ¡oh cielo!, empieza a llover.

Entonces, en ese momento, descargó un gran nubarrón,
Que anegó la tierra y aumentó el nivel del océano;
Y al oír la lluvia del cielo
El pastor Dhaniya pronunció estas palabras:
«No poca ha sido nuestra ganancia,
desde que vimos al Señor dotado del Ojo de la Sabiduría;
a ti venimos a refugiarnos,
¡sé nuestro maestro! ¡Oh gran Muni!
»Mi esposa es obediente, y yo también lo soy.
¡Ojalá que en el Bendito llevemos la vida santa,
crucemos a la orilla que está más allá de la vida y la muerte,
y pongamos fin a la aflicción y al dolor!»

MÂRA.—El que es rico en hijos se deleita en los hijos,
el que es rico en vacas en ellas se deleita;
el deleite del hombre está en las pasiones,
el que no tiene pasiones no encuentra deleite.

EL SEÑOR.—El que es rico en hijos encuentra aflicción en los hijos,
el que es rico en vacas en ellas encuentra aflicción;
la aflicción del hombre está en las pasiones;
el que está libre de pasiones, está libre de aflicción.

(Sutta-nipáta, I, 2)

XIX. El sermón de la joya: un hechizo

Puesto que el budismo no niega los dioses, sino solo su eternidad, tampoco niega la existencia de muchos otros seres sobrenaturales, que ocupan el mismo lugar que las hadas y los duendes de la mitología occidental, tales como los *nagás* (cap. XI), los *yakshas* o *yakkhas* (duendes comedores de carne), *gandharvas* (músicos celestiales) y *kinnaras* (hadas). La creencia en los hechizos o encantamientos estaba igualmente arraigada. Invocando a los espíritus en el nombre de la Triple Joya —el Buda, la Doctrina y la Orden— se podían obtener buenas influencias, e incluso la conversión, y haciéndoles ofrendas como limosna se adquirían méritos.

¡A todos los espíritus que puedan hallarse presentes! ¡A todos los que ronden la tierra o atraviesen el aire!
¡Que todos los espíritus estén bien dispuestos y sean benévolos, y que escuchen con atención estas palabras!
Atended y escuchad, ¡oh espíritus!, sed benignos a la raza de los seres humanos, que os traen ofrendas día y noche. ¡Garantizadles con vuestra vigilancia su protección!

No hay riqueza aquí ni allá, ni joya perfecta en los cielos que pueda equipararse al Buda. El Buda es la joya de la perfección. ¡Que esta verdad nos traiga bienestar!

El estado inmortal, sin pasión y perfecto, obtuvo el sabio de los Sakyas con la meditación. En verdad que nada es igual a esta doctrina. La Doctrina es la joya de la perfección. ¡Que esta verdad nos traiga bienestar!

La pureza que alabó el mejor de los Budas, la meditación llamada ininterrumpida. Nada es igual a esta meditación. La Doctrina es la joya de la meditación. ¡Que esta verdad nos traiga bienestar!

Las ocho personas, alabadas por el Virtuoso, que forman ocho pares, dignas son de recibir Ofrendas (Las personas en los cuatro estados del Camino Óctuple (Introd., p. 21). Cada estado tiene dos grados, el *camino* y el *fruto,* formando así ocho clases de cuatro pares.)

Grande es el fruto de los regalos que se les hacen a los verdaderos discípulos del bendito maestro. La Orden es la joya de la perfección. ¡Que esta verdad nos traiga bienestar!

Los que con determinación se afanan, libres de deseo, en seguir las instrucciones de Gotama, una vez logrado su fin, se sumergen en lo inmortal, tomando el regalo gratuito, y disfrutan del Nirvana. La Orden es la joya de la perfección. ¡ Que esta verdad nos traiga bienestar!

Como un pilar en el umbral de una ciudad, bien asentado en la tierra, sin que los cuatro vientos puedan sacudirle, así afirmo que no puede ser sacudido el hombre bueno que percibe las verdades meditando sobre ellas. La Orden es la joya de la perfección. ¡Que esta verdad nos traiga bienestar!

Aquellos que se afanan en las nobles verdades, las verdades que bien enseñó el sabio entre los sabios, ésos, aunque fueran demasiado perezosos, no estarán sujetos ni a los ocho renacimientos. La Orden es la joya de la perfección. ¡Que esta verdad nos traiga bienestar!

El que verdaderamente alcanza la visión cabal (visión cabal de la primera verdad, cuando «entra en la corriente» y corta las tres primeras ataduras), deja tras de sí y abandona tres cosas:
las falsas teorías sobre el «ser», las dudas y toda práctica de ritos.

Esa persona se libra de los cuatro infiernos y ya no vuelve a cometer ninguno de los seis grandes crímenes (matar a la madre, matar al padre, a un arahat, derramar la sangre de un Buda, causar cisma en la Orden, seguir a otros maestros). La Orden es la joya de la perfección. ¡Que esta verdad nos traiga bienestar!

Cualquier acción perversa que un bhikkhu —ya sea de acto, palabra o pensamiento— haya cometido, es imposible que él lo esconda; imposible para el que ha visto el camino. La Orden es la joya de la perfección. ¡Que esta verdad nos traiga bienestar!

Como un bosque coronado de flores el primer mes, a principios de la estación cálida, así enseña la más sublime de las doctrinas, la verdad más elevada que conduce al Nirvana. El Buda es la joya de la perfección. ¡Que esta verdad nos traiga bienestar!

El Mejor, el que enseña, da y trae lo mejor, el Supremo enseñó la doctrina más sublime. El Buda es la joya de la perfección. ¡Que esta verdad nos traiga bienestar!

Destruido está lo antiguo (nacimiento y renacimiento), lo nuevo no puede surgir, aquellos que con su pensamiento no dan lugar a un ser futuro han destruido las semillas, el deseo no puede germinar.
Como se extingue esta lámpara, así se extingue el sabio. La Orden es la joya de la perfección. ¡Que esta verdad nos traiga bienestar!

¡A todos los espíritus que puedan hallarse presentes! ¡A todos los que ronden la tierra o atraviesen el aire! Reverenciemos todos al Buda, al Tathâgata, adorado por dioses y hombres. ¡Que todos obtengan bienestar!

¡A todos los espíritus que puedan hallarse presentes! ¡A todos los que ronden la tierra o atraviesen el aire! Reverenciemos todos a la Doctrina, al Tathâgata, adorado por dioses y hombres. ¡Que todos obtengan bienestar!

¡A todos los espíritus que puedan hallarse presentes! ¡A todos los que ronden la tierra o atraviesen el aire! Reverenciemos todos a la Orden, al Tathâgata, adorado por dioses y hombres. ¡Que todos obtengan bienestar!

(Sutta-Nipáta, ii. I)

XX. La última comida del Buda

Los dos capítulos que vienen a continuación pertenecen al *Mahâparinibbána-sutta,* el Gran Sermón sobre la obtención del Nirvana, que nos habla de los últimos meses de la vida del Buda y de su muerte. No hay acuerdo sobre lo que el Buda ingirió en su última comida, pero los comentarios más antiguos afirman que fue carne de cerdo. Pero como la palabra no es la que se utilizaba normalmente para la carne de cerdo, se sostienen otras teorías, por ejemplo, que fue alguna clase de seta. No hay razón ninguna para que no fuese carne de cerdo, puesto que comer carne estaba permitido con tres condiciones: que el que la recibía no hubiera visto, oído o sospechado que habían matado al animal para él.

La verdadera naturaleza de la enfermedad del Buda ha sido tratada por el doctor Henry F. Stoll, de Hartford, Conn., quien sostiene que fue un caso de trombosis coronaria de los que pueden seguir a una comida muy copiosa (*The American Heart Journal,* vol. *9,* pág. 412, 1934.).

Después de permanecer en Bhoganagara tanto tiempo como quiso, el Señor dijo al venerable *Ânand*a: «Vámonos, Ânanda, iremos a Pává.» «Así sea, reverendo», contestó el venerable Ânanda al Señor. Entonces el Señor partió para Pává acompañado de una gran comitiva de monjes. El Señor se quedó en Pává en el bosque de mangos de Chunda, el herrero Chunda vino a saber que el Señor había llegado a Pává y moraba en su bosque de mangos. Entonces Chunda fue a ver al Señor y saludándole se sentó a un lado. Cuando se hubo sentado a un lado el Señor le instruyó, incitó, estimuló y confortó con un sermón sobre la doctrina.

Entonces Chunda, el herrero, instruido, incitado, estimulado y confortado por el sermón sobre la doctrina, dijo al Señor: «Que el reverendo Señor acepte que yo le dé de comer mañana a él y a toda su comitiva de monjes.»
El Señor asintió con su silencio. Chunda, el herrero, comprendiendo que el Señor aceptaba, se levantó de su asiento, saludó al Señor y, rodeándolo por la derecha, se fue.

Al día siguiente, Chunda, el herrero, hizo preparar en su casa la mejor comida sólida y líquida y una gran cantidad de carne de cerdo, e hizo anunciar al Señor:

«Es la hora, reverendo, la comida está lista.» Por la mañana el Señor se vistió, tomó su escudilla y su manto y fue a la casa de Chunda, el herrero. «Sírveme, Chunda, la carne de cerdo que has preparado, y sirve a la comitiva de monjes el resto de la comida sólida y líquida que has preparado.» «Así sea, reverendo», contestó Chunda, el herrero. Y sirvió al Señor la carne de cerdo que había preparado y el resto de la comida sólida y líquida a la comitiva de monjes. Entonces el Señor se dirigió a Chunda, el herrero: «Quema en una hoguera la carne de cerdo que ha sobrado, pues no veo a nadie en el mundo de los dioses y de los hombres, con Mâra, Brahma, con los ascetas y brahmines, dioses y hombres, que pueda comerla y digerirla, salvo el Tathâgata.» «Así sea, reverendo Señor», replicó Chunda. Y quemando en una hoguera lo que había sobrado de la carne de cerdo, se acercó al Señor, y, tras acercarse, lo saludó y se sentó a un lado. Cuando se hubo sentado a un lado, el Señor lo instruyó, incitó, estimuló y confortó con un sermón sobre la doctrina, y luego se levantó de su asiento y se marchó.
Entonces el Señor, después de haber tomado la comida de Chunda, el herrero, se vio asaltado por dolores agudos y un vómito de sangre acompañado de violentos espasmos. Consciente y en pleno dominio de sus facultades, el Señor los soportó sin ansiedad, y dijo al venerable Ânanda: Vámonos, Ânanda, vayamos a Kusinârâ. » «Así sea, reverendo Señor», contestó al Señor el venerable Ânanda (En un descanso del viaje le dijo a Ânanda que le dijeran a Chunda que no debía sentir ningún remordimiento por haberle dado al Tathâgata su última comida. Que era una limosna con el mismo mérito que la comida que recibió antes de su iluminación y conducía a una larga vida, belleza, felicidad, fama, cielo y señorío).

(*Mahâparinibbána-sutta,* IV)

XXI. La muerte del Buda

Kusinârâ, el lugar al que viajó el Buda después de recobrarse de su enfermedad, ha sido identificado con Kasia, a unos 128 kilómetros al este de Kapilavatthu. Los estados de trance *(jhána* o *dhyána)* en este relato son parte de la leyenda, pero también son estados reales de la mente que

obtienen los monjes en su práctica de la meditación (ver cap. V). Los *jhánas* no son una mera reflexión, sino un estado de concentración mental en el que las sensaciones externas se desconectan con la obtención de estados de experiencia interior cada vez más y más intensos. Ha sido esta práctica la que ha dado lugar a la secta *Ch'an* en China y Zen en Japón, que se despreocupa de la enseñanza dogmática y pone todo su énfasis en la meditación mística.

El Señor, acompañado de una gran comitiva de monjes, cruzó a la orilla opuesta del río Hiraññavatî y llegó a Kusinárá, al bosque de sálas en el campo de entrenamiento de los Mallas. Una vez allí, el Señor le dijo a Ânanda: «Ven, Ânanda, prepárame un lecho con la cabecera orientada al norte entre dos árboles sâla. Estoy enfermo, Ânanda, y me acostaré.» «Así sea, Señor», contestó al Señor el venerable Ânanda. Y preparó un lecho con la cabecera orientada al norte entre dos árboles sâla gemelos. Entonces el Señor se tumbó sobre su costado derecho, con un pie sobre el otro, atento y consciente.

(Aquí sigue una conversación con Ânanda sobre los cuatro lugares de peregrinación y sobre las cuatro clases de personas que merecen un túmulo funerario. Consuela a Ânanda, y cuando Ânanda le expresa el deseo de que alcance el Nirvana en una gran urbe, él le explica la antigua grandeza de Kusinárá. Llega Subhadda, un asceta errante, y el Buda lo convierte como su último discípulo. Lo instruye sobre ciertos puntos de la disciplina y luego se dirige a los monjes por última vez.)

Entonces el Señor habló así a los monjes:

«Monjes, puede suceder que haya todavía un solo monje que tenga alguna duda o alguna incertidumbre sobre el Buda, la Doctrina, el Camino o el comportamiento. Preguntad, monjes, no vayáis a arrepentiros después diciendo: «El Maestro estaba frente a nosotros y no le preguntamos cuando lo teníamos cara a cara.» «Los monjes guardaron silencio ante estas palabras. (El Señor se dirige a ellos en los mismos términos por segunda vez.) Los monjes guardaron silencio incluso una tercera vez. Entonces el Señor dijo a los monjes: «Monjes, puede ser que no preguntéis por respeto hacia el Maestro. Que un amigo se lo diga a su amigo.» Los monjes guardaron silencio ante esas palabras. Entonces el Venerable Ânanda le dijo al Señor: « ¡Es maravilloso, reverendo! ¡Es admirable, reverendo! Es mi fe, reverendo, que en esta reunión de monjes no hay ni uno solo que tenga dudas o incertidumbre sobre el Buda, la Doctrina, la Orden o el comportamiento.» «Hablas movido por la fe, Ânanda, pero es con conocimiento, Ânanda, que el Tathâgata sabe que en esta asamblea no hay ni un solo monje que tenga dudas o incertidumbre sobre el Buda, la Doctrina, la Orden o el comportamiento, porque en esta asamblea de quinientos monjes el menos evolucionado ha entrado en la Corriente y ya no puede nacer en un estado más bajo de existencia, está seguro y obtendrá la Iluminación.» Entonces el Señor habló así a los monjes: «Monjes, os digo que todas las cosas compuestas son impermanentes; afanaos con honestidad.» Estas fueron las últimas palabras del Tathâgata.

Entonces el Señor entró en el primer trance. Subiendo del primero llegó al segundo trance. Subiendo del segundo llegó al tercer trance. Subiendo del tercero llegó al cuarto trance. Subiendo del cuarto trance llegó al estado del espacio infinito. Subiendo de la obtención del estado infinito llegó al estado de la conciencia infinita. Subiendo de la obtención de la conciencia infinita llegó al estado de nada. Subiendo del estado de nada llegó al estado de ni percepción ni no-percepción. Subiendo del estado de ni percepción ni no-percepción llegó al estado de cesación de la percepción y de la sensación.

Entonces el Venerable Ânanda dijo al Venerable Anuruddha: «El Señor ha obtenido el Nirvana, reverendo Anuruddha.» «El Señor no ha obtenido el Nirvana, Ânanda, ha obtenido el estado de cesación de la percepción y de la sensación.»

Entonces el Señor, pasando de la obtención de la cesación de la percepción y de la sensación obtuvo el estado de ni percepción ni no-percepción. Pasando de la obtención de ni percepción ni no-percepción llegó al estado de nada. Pasando de la obtención del estado de nada, alcanzó el estado de la conciencia infinita. Pasando del estado de la conciencia infinita llegó al estado del espacio infinito. Pasando del estado del espacio infinito llegó al cuarto trance. Pasando del cuarto trance llegó al tercero. Pasando del tercer trance llegó al segundo. Pasando del segundo trance llegó al primero. Pasando del primer trance llegó al segundo. Pasando del segundo trance llegó al tercero. Pasando del tercer trance llegó al cuarto. Pasando del cuarto trance el Señor obtuvo directamente el Nirvana.

Cuando el Señor obtuvo el Nirvana, en el momento de la obtención del Nirvana, hubo un gran terremoto, terrorífico y pavoroso y redoblaron los tambores de los dioses. Cuando el Señor obtuvo el Nirvana, en el momento de la obtención del Nirvana, Brahmá Sahampati pronunció estos versos:

Todos los seres del universo desecharán su estado compuesto, porque un Maestro tan grande, el hombre sin rival en el mundo, el Tathâgata dotado de poderes, El Iluminado, ha obtenido el Nirvana.

Cuando el Señor obtuvo el Nirvana, en el momento de la obtención del Nirvana, Sakka, el rey de los dioses, pronunció estos versos:

¡Ay de mí! Impermanentes son los compuestos, surgen y desaparecen;
habiendo surgido, después cesan, y su apaciguamiento es bendición.

Cuando el Señor obtuvo el Nirvana, en el momento de la obtención del Nirvana, el Venerable Anuruddha dijo estos versos:

No había inspiración ni espiración cuando, con el corazón bien asentado,
libre de oscilaciones, lleno de paz, el Gran Sabio murió.

Con el corazón libre de apego controló y resistió su sufrimiento.
Igual que se extingue una llama, así se libertó su mente.

Cuando el Señor obtuvo el Nirvana, en el momento de la obtención del Nirvana, el Venerable Ânanda dijo estos versos:

Hubo un pavor terrorífico, hubo un terror horroroso, cuando aquel que estaba en posesión de
todas las señales, el Iluminado, alcanzó el Nirvana.

Cuando el Señor obtuvo el Nirvana, algunos de los monjes que no estaban totalmente libres de cualquier pasión, alzaron sus brazos y se lamentaron, y se arrojaron a tierra y se revolcaron: «El Señor ha obtenido el Nirvana demasiado pronto, el Ojo del Mundo ha muerto demasiado pronto.» Pero los monjes que estaban totalmente libres de cualquier pasión, atentos y meditativos, lo soportaron (con el pensamiento): «Todas las cosas compuestas son impermanentes, ¿qué otra cosa podíamos esperar?»

Entonces el venerable Anuruddha se dirigió así a los monjes: «Basta, amigos, no os aflijáis, no os lamentéis. ¿No nos dijo el Señor hace ya mucho tiempo que en todas las cosas queridas y agradables hay multiplicidad, pérdida y cambio? ¿Qué otra cosa podíamos esperar? En verdad que no existe la posibilidad de poder decir a nada nacido, producido y compuesto: "No te destruyas".»

(Mahâparinibbána-sutta, V)

FIN

* * *

